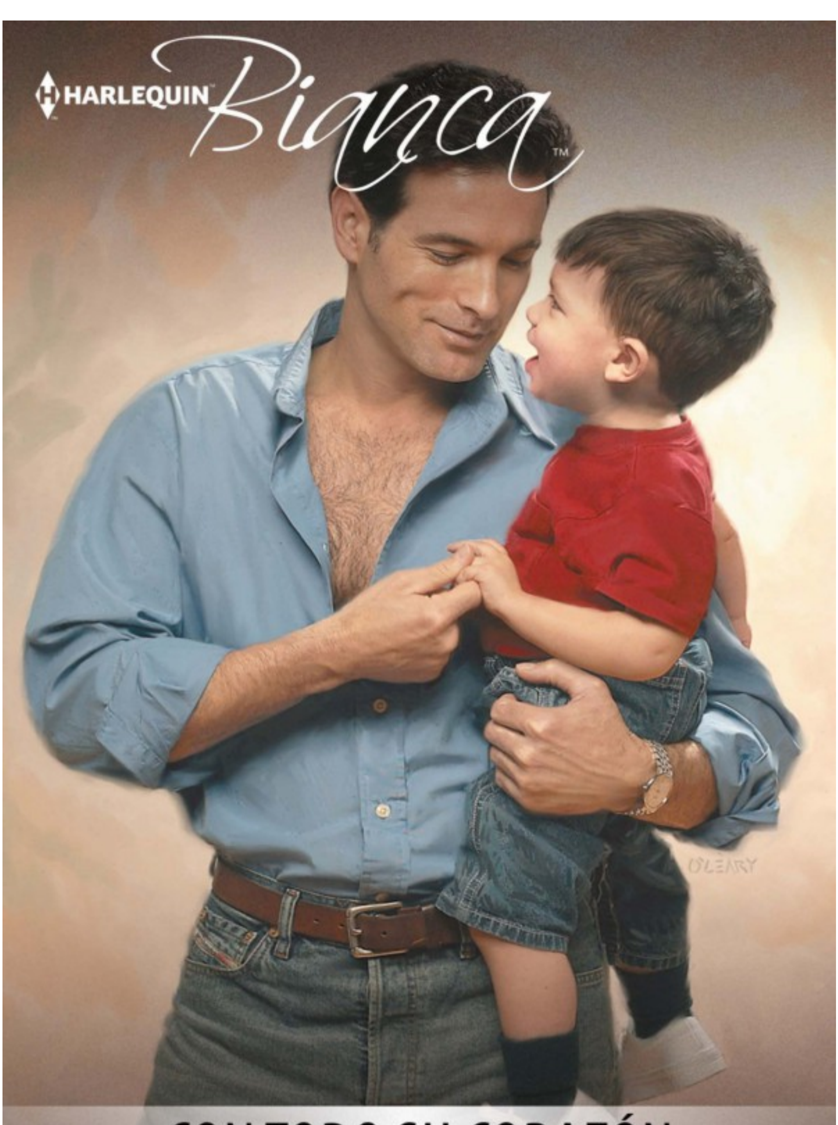

HARLEQUIN
Bianca
CON TODO SU CORAZÓN
KATHRYN ROSS



CON TODO SU CORAZÓN

KATHRYN ROSS





Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

Con todo su corazón, n.º 1399 - mayo 2017
Título original: The Secret Child
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-9692-5

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

Había sido su pareja y ahora estaba casado. Ambas razones eran buenas para intentar olvidarse de Luke Davenport. El único problema de Alison era que tenía otra, todavía mayor, para no hacerlo.

Abrió la ventana de celosía de su casa de campo y aspiró el aire de la mañana, pero estaba caliente y apenas la alivió. Pensó que iba a estallar una tormenta. Miró al cielo y vio las nubes sobre los acantilados de Cornualles. Era como si el mundo entero estuviera conteniendo el aliento por que Luke hubiera vuelto.

Nathan dejó caer la cuchara al suelo y Alison se giró y lo miró.

–¡Vaya, cariño! –sonrió recogiéndola.

El bebé le sonrió también con un brillo picaruelo en sus preciosos ojos azules. ¿Era el bebé más bonito del mundo o se lo parecía a ella por ser su madre?

–¿Quieres que mamá te dé el desayuno? –dijo sentándose a su lado.

Nathan negó con la cabeza y le arrebató la cuchara.

–Está bien, señor Independiente –rio Alison.

Mientras se tomaba la taza de té, intentó olvidarse de Luke, pero, al mirar a Nathan, se dio cuenta de que era más fácil decirlo que hacerlo. Aquellos ojos azules y aquel pelo moreno le recordaban tanto a su padre que, a veces, se le encogía el corazón.

Le faltaban pocas semanas para cumplir dos años. El tiempo pasaba muy rápidamente y pronto tendría edad para preguntar por su padre. ¿Qué le iba a decir entonces, que Luke no había querido saber nada de él? No era cierto… Luke no había querido saber nada de ella. Del niño no sabía nada. Ojalá, por el bien del pequeño, las cosas hubieran sido de otra forma.

«Pero no lo son», se dijo con firmeza. Luke se había casado y solo había vuelto para asistir al funeral de su padre y vender su hacienda. Pronto volvería a Nueva York.

No le haría ningún favor a Nathan contactando con su padre. La última vez que se habían visto había sido hacía dos años y medio y el encuentro no había sido precisamente placentero. Ya tenía suficientes problemas como para, además, conjurar al demonio de Luke Davenport.

Miró el reloj. Las siete y media. Jane, la joven que cuidaba a su hijo, debía de estar a punto de llegar. En breve, comenzaría su jornada de trabajo. Tenía ante sí un día duro. Debía hacer unas cuantas cancelaciones en el hotel y tenía una reunión importante con el director del banco. No sabía si iba a llegar antes de que Nathan estuviera ya dormido.

–No quiero ir a trabajar –se quejó a su hijo–. Ojalá me pudiera quedar contigo.

Nathan se rio como si aquello fuera un chiste.

Pero no tenía ninguna gracia. El trabajo se había complicado de un tiempo a aquella parte y Alison pasaba cada vez más tiempo dedicada a él. Era lo malo de un negocio familiar. El hotel era casi como tener otro hijo. Además, si iba mal, ella no era la única malparada. Sus hermanos también tenían participaciones en el negocio.

El timbre del teléfono le hizo abandonar sus pensamientos.

–Hola, hermanita, ¿qué tal estás?

Le costó unos segundos darse cuenta de que era su hermano mayor. Estaba tan acostumbrada a su tono de voz triste por la mala marcha del hotel que le sorprendió verlo de tan buen humor.

–¿Qué pasa que estás tan contento?

–Estoy muy contento, sí, es verdad… Creo que he encontrado la forma de acabar con nuestros problemas –contestó con júbilo.

Alison frunció el ceño. La noche anterior había estado revisando las cuentas y sabía muy bien que las cosas estaban muy mal.

–Como no sea con un milagro, Garth…

–Es un milagro… He encontrado un inversor, una persona que va a cambiar nuestras vidas. Todavía no te puedo decir nada más porque me faltan algunos detalles, pero, en cuanto los tenga, voy a convocar una reunión familiar. ¿Te importaría llamar al banco e intentar posponer la reunión con el director para finales de semana?

–Lo intentaré… ¿Quién es ese inversor misterioso? Ya sabes que tenemos que tener cuidado con incluir un socio nuevo…

–Ya hablaremos luego. Gracias, Alison –contestó su hermano colgando.

Mientras dejaba el auricular en su sitio, Alison se preguntó qué sería todo aquello. El hotel estaba tan mal económicamente, que no se le ocurría que nadie en su sano juicio quisiera invertir en él.

En ese momento, llegó Jane, Alison se despidió de su hijo con un beso y se fue a trabajar.

No tardó mucho en llegar al hotel. Nada más llegar, lo primero en lo que se fijó fue en un precioso Mercedes deportivo rojo que había en el aparcamiento.

Se bajó del coche y lo admiró mientras se dirigía a la entrada del hotel. Entonces, vio la matrícula. LUKE 1.

Sintió un escalofrío por la espalda. No sería el coche de Luke Davenport, ¿verdad?… ¿Para qué iba a haber ido al hotel? Era el último sitio donde hubiera pensado que iría a tomar un café con su mujer.

Entró por la puerta giratoria del vestíbulo. Luke no era tan retorcido.

¿Y si se había enterado de la existencia de Nathan y había sentido curiosidad? Sintió náuseas ante aquella perspectiva, pero siguió avanzando con decisión por el lujoso vestíbulo del Cliff House.

«Es imposible que lo sepa», se dijo para tranquilizarse. Los únicos que lo sabían eran sus hermanos y Todd, su mejor amigo. Ninguno de ellos la traicionaría. Además, aunque Luke se hubiera enterado de lo de Nathan, seguro que se habría desentendido de él… como había hecho con ella…

Un año atrás, había estado allí para ver a su padre, pero no se había molestado en llamarla. Se había vuelto a Estados Unidos y se había casado con Bianca.

–Buenos días, Alison –la saludó la recepcionista sonriendo.
–Buenos días, Clare, ¿qué tal todo? –contestó Alison intentando disimular el nerviosismo que se había apoderado de ella.
–Bien –contestó la mujer–. Tienes una visita.
–¿Ah, sí? ¿De quién se trata? –preguntó con el corazón a mil por hora.
–No lo sé. No me lo ha dicho.
Por un momento, sintió un inmenso alivio. Si fuera Luke, Clare lo sabría aunque no le hubiera dado su nombre. Todo el mundo conocía a Luke Davenport en aquella ciudad.
–No sé quién será, pero es un guapo de esos de caerse de espaldas –murmuró–. Te está esperando en la biblioteca.
«Una buena descripción de Luke Davenport», pensó recordando que hacía poco que Clare se había mudado allí.
–Muy bien… –dijo Alison con la cabeza dándole vueltas–. Dentro de cinco minutos, entras y me dices que tengo una llamada de teléfono muy importante.
–Bien –dijo Clare.
«Tranquila. Todo va a salir bien», se dijo Alison mientras iba hacia la biblioteca. «Tengo veinticinco años y soy una mujer hecha y derecha. Luke Davenport no tiene ningún poder sobre mí».
Al entrar y verlo de espaldas mirando el mar desde el ventanal, toda la tranquilidad se fue al garete.
Se quedó mirando aquella figura alta y fornida, con vaqueros y camiseta oscura, que le era tan familiar. Sintió un nudo en la garganta.
Ojalá hubiera habido alguien más en la estancia, pero no era así.
Carraspeó y Luke se giró.
–Hola, Ali.
Lo miró a los ojos, incapaz de creer que el hombre con el que llevaba soñando los últimos dos años y medio de su vida estuviera, de verdad, allí.
Seguía tan guapo como siempre, pero con canas en las sienes… los mismos ojos azules, la mandíbula cuadrada y labios sensuales. Recordó los besos de aquellos labios, el deseo que habían despertado en ella y se apresuró a apartar aquellos pensamientos de su cabeza.
Ahora, estaba casado.
–Luke… qué sorpresa –contestó con sorprendente calma.
–¿De verdad? –sonrió–. Creí que estarías esperándome.
Alison se encogió de hombros.
–Me he enterado de la muerte de tu padre y lo siento, pero, ¿por qué iba a estar esperándote?
Luke no contestó inmediatamente. La miró de arriba abajo y se recreó en sus ojos verdes y en los mechones rubios recogidos en un moño bajo. Alison sintió como si la estuviera tocando.
–Por los buenos tiempos, ¿no?
Alison deseó que dejara de mirarla. Se sentía muy vulnerable.
–La verdad es que el último lugar donde hubiera esperado verte es aquí, en el Cliff House, en territorio enemigo.
Luke sonrió.
–Alison, eran nuestros padres los que eran enemigos, no nosotros… creo

que dejamos de serlo hace tiempo, ¿no? –le reprochó viendo cómo se sonrojaba ligeramente.

–¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

No se lo tendría que haber preguntado, pero no había podido evitarlo.

–El suficiente.

¿El suficiente para qué? ¿Para vender su hacienda o para destrozarle la vida?

–Tengo muchas cosas que hacer, Luke –le dijo mirando el reloj–. ¿En qué te puedo ayudar? No creo que hayas venido a recordar los buenos tiempos –añadió con sarcasmo.

Luke sacudió la cabeza.

–Tonto de mí… Después de dos años y medio, creí que me concederías, por lo menos, cinco minutos de tu precioso tiempo antes de que alguien entre a rescatarte con alguna excusa –dijo mirando la hora.

–¿Qué quieres, Luke?

–Creía que estaba claro. Verte –contestó con aquella voz tan sensual.

Siempre la había excitado y se enfadó consigo mismo al comprobar que aquello no había cambiado. La alteraba con una palabra… con una sonrisa…

–Me han dicho que tienes un hijo.

Aquellas palabras se repitieron en su cabeza un millón de veces en centésimas de segundo.

–Sí… Y yo, que te has casado –apuntó–. Enhorabuena.

Entonces, entró Clare. Alison nunca se había alegrado tanto de ver a alguien.

–Perdón, Alison, pero te llaman urgentemente al teléfono –dijo sonriendo a Luke.

–Muy bien. Gracias, Clare.

No parecía que la recepcionista la hubiera oído porque no se había movido del sitio. Estaba allí, inmóvil, anonadada por la sonrisa de Luke.

–Muy bien, Clare, gracias –repitió impaciente.

Eso de que las mujeres cayeran a los pies de Luke siempre la había sacado de quicio. Ya era suficientemente vanidoso como para, encima, andar adorándolo.

–Sí, claro… –dijo Clare yéndose a regañadientes.

–Bueno, me alegro de haberte visto, Luke, pero tengo que trabajar.

–Entonces, tienes un hijo, ¿no? –dijo él retomando la conversación donde los habían interrumpido.

–Me halaga que te interese tanto –apuntó haciendo un esfuerzo por parecer tranquila–. Sí, tengo un hijo adorable y estoy encantada –añadió volviendo a mirar el reloj. Era solo una excusa para poder dejar de mirarlo a los ojos–. Tengo que atender la llamada. Adiós, Luke –concluyó girándose y yendo hacia la puerta.

El corazón le martillaba las costillas. Sabía que la estaba mirando intensamente.

–¿Y quién es el padre?

Alison se paró junto a la puerta. Había llegado el momento que llevaba dos años y medio temiendo.

Fue un esfuerzo tremendo darse la vuelta y mirarlo, pero lo hizo porque sabía que de aquella interpretación dependía todo.

–No es asunto tuyo –contestó.

–¿Ah, no?

Alison recordó la cantidad de veces que había pensado en llamarlo y en contarle lo de Nathan. Entonces, había soñado que él acudiría a su lado y le pediría perdón.

Pero aquella fantasía había muerto el día que se casó. Entonces, se dio cuenta de que, realmente, no ocupaba ningún lugar en su vida.

–No. Mi vida privada no te incumbe.

–Va a cumplir dos años, ¿no?

–Sí –contestó. Lo miró a los ojos y se rio–. ¿No creerás que…?

–No sé qué creer, Alison –contestó él yendo hacia ella–. Me enteré de su edad ayer por la noche por una fuente muy fiable que me dijo que hay cierto misterio sobre quién es el padre.

–No hay ningún misterio, lo que pasa es que no quiero que la gente hable de mi vida privada. Ya te he dicho que a nadie le incumbe. Solo a mí.

–Y al padre del niño.

–Claro.

–¿Claro?

–Entre el padre de Nathan y yo, no hay secretos.

–¿Entonces sabe que existo? Quiero decir, ¿sabe que hay una duda razonable sobre su paternidad?

–¡De eso nada! –exclamó Alison–. Para que lo sepas, Nathan fue un bebé prematuro.

–¿De verdad? –se burló en absoluto sorprendido–. ¿Cuándo puedo ir a verlo?

–¿Cómo?

A Alison le costó unos segundos comprenderlo todo. Al hacerlo, la máscara cayó dejándola vulnerable ante él.

–¿Por qué quieres verlo? –le preguntó confusa.

–¿Tú qué crees?

–La verdad, Luke, no lo sé. No creí que te interesaran los niños, no pega con tu imagen de hombre de negocios.

–¿Ah, no? –dijo él sin sentirse molesto.

–No. ¿Qué pasa? ¿Te aburres y te vas a dedicar a ir a ver a todos los bebés de la ciudad?

–Solo al tuyo –contestó con decisión–. ¿Te va bien a las ocho?

–Piérdete, Luke –dijo Alison girándose para irse.

Luke la agarró de la muñeca y la abrazó con fuerza. El contacto hizo que Alison diera un respingo.

Lo miró a los ojos y recordó que, la última vez que lo había tenido tan cerca, la había besado y la había colmado de deseo.

Siempre había sido así. Le bastaba tenerlo cerca para desearlo. Era como si la tuviera hechizada.

–Podrías ser un poco más amable, Alison –le dijo mirándole los labios y haciéndola estremecerse.

–¿Qué quieres de mí, Luke? –protestó apartando la vista.
–Ya te lo he dicho. Quiero ver a… Nathan.
–Y yo ya te he dicho que mi vida y mi hijo no son asunto tuyo.
Luke negó con la cabeza.
–Creo que deberías reconsiderarlo… –le advirtió–. He venido a preguntarte por él por las buenas.
–Y yo te he contestado igual.
–No has contestado nada –le dijo con fingida calma–. Alison, no tengo mucha paciencia, así que no te aconsejo que me des largas.
–¿Es una amenaza?
–Más bien una promesa. Estoy decidido a ver al niño y, si te empeñas en impedirlo, comprobarás que te puedo hacer la vida imposible.
–No me das miedo, Luke –le contestó levantando el mentón.
–Pues deberías porque, cuando quiero algo, lo consigo.
–Vete al infierno –le dijo apartándose.
–Eso no es muy bonito por tu parte.
–Piensa lo que quieras. Me da igual.
–Tal vez, deberías mostrarte más amable. Las cosas se pueden hacer por las buenas o por las malas, tú verás. Te doy el día de hoy para que lo pienses.
–No tengo nada que pensar.
–Yo creo que sí. Habla con tu hermano Garth.
–¿Qué tiene que ver él en todo esto? –preguntó Alison frunciendo el ceño.
–Pregúntaselo a él –dijo Luke yendo hacia la puerta–. Espero noticias tuyas esta noche y espero que sea para invitarme a tu casa. De lo contrario, prepárate porque voy a ir por las malas.
Alison se quedó mirando la puerta cerrada. No podía ser. Su peor pesadilla se había hecho realidad. Estaba claro que creía que Nathan era hijo suyo. Su interpretación sobre el nacimiento prematuro no le había hecho ni pestañear. ¿Quién se lo habría dicho?
¿Garth? Era imposible…
La verdad era que se había engañado a sí misma. Estaba claro que había más gente que lo sabía.
«Bueno, aunque sepa que es suyo, será algo temporal», se dijo. Decidió mantenerse distante y fría. Seguro que, al poco tiempo, se desentendería del niño. Al fin y al cabo, estaba casado.
Mientras se dirigía a su despacho, estalló la tormenta. Al dejar el maletín sobre la mesa, se dio cuenta de que se había clavado las uñas en las palmas de las manos.
«Se acabó», se dijo con calma. «No pienso dejar que Luke Davenport me haga daño».
En ese momento, oyó un trueno y miró por la ventana. Mientras observaba los rayos, percibió que el ambiente estaba más caliente y pegajoso que antes.
Recordó la advertencia de Luke. «Espero noticias tuyas esta noche y espero que sea para invitarme a tu casa. De lo contrario, prepárate porque voy a ir por las malas».

Sintió un escalofrío.

¿Por qué le habría dicho que hablara con Garth?

Recordó lo contento que se había mostrado su hermano aquella mañana… No podía ser… Ningún miembro de su familia haría negocios con un Davenport.

Pero si a ella habían estado a punto de repudiarla por salir con Luke. Garth lo odiaba casi tanto como su padre.

En ese momento, sonó el teléfono.

–Hola, hermanita, ¿te ha dado Clare mi recado?

–No, Garth, mira me alegro de que seas tú porque…

–No tengo tiempo de charlar ahora, Ali –la interrumpió–. Era solo para decirte que puede que Luke Davenport se pase hoy por el hotel. Si va, ¿te importaría enseñárselo?

–¿Cómo? –dijo con la boca seca.

–Ya sé que suena un poco raro que yo te pida una cosa así, pero confía en mí.

–Ya ha estado aquí y le he dicho que se vaya al infierno.

–¿Qué? ¿Cómo se te ocurre? –gritó Garth.

–A Luke no le interesa el hotel sino Nathan.

–Te equivocas. Luke Davenport está muy interesado en el hotel. Me ha dicho que está estudiando la posibilidad de invertir en él. ¿Te das cuenta de que has podido echarlo todo a perder? Es nuestra única posibilidad de salvar el Cliff House… Alison, ¿estás ahí? ¿Alison?

Alison colgó el auricular. No podía hablar… ni pensar. Aquello era mucho peor que una pesadilla.

Capítulo 2

Tras colgarle el teléfono a su hermano, lo primero que había hecho había sido llamar a Jane y decirle que no sacara a Nathan de paseo ni abriera la puerta a extraños.

La niñera debía de haber pensado que se había vuelto una madre neurótica de repente, pero le daba igual.

No creía que Luke fuera a ir por allí, pero por si acaso…

Se quedó pensativa, intentó dar sentido a todo aquello… pero lo único que se le iba a la cabeza eran sus ojos. Qué distinta su mirada, ya no había complicidad y deseo. Claro que nunca había sido nada serio para él, un pasatiempo. Todo lo demás, habían sido imaginaciones suyas.

Los Davenport eran dueños de la extensa finca que lindaba con la granja de sus padres. A pesar de ser vecinos, no se habían visto mucho de pequeños porque se movían en círculos sociales diferentes. Además, Luke tenía ocho años más que ella y estudiaba interno en Londres. A los dieciséis años, lo había visto por primera vez. Salía de la tienda y se le cayó la bolsa de la compra. Luke se paró a ayudarla.

Le sonrió y pensó que era el chico más guapo que había visto en su vida.

–Gracias –le dijo.

–De nada –sonrió él–. ¿Qué tal está tu madre?

No le sorprendió que supiera que estaba enferma porque Penray era una ciudad muy pequeña.

–Está ingresada –contestó.

–Lo siento –dijo poniéndole la mano en el hombro.

Fue un gesto como de hermano mayor. Era mucho mayor que ella y mucho más sofisticado. Probablemente, no volvería a pensar más en ello, pero Alison, sí.

–Voy a quedarme unas semanas antes de tener que volver a trabajar a Londres. Dile a tu padre que, si necesita algo, no tiene más que decírmelo.

Su padre, que la estaba esperando en el coche, la regañó nada más subirse.

–Que no te vuelva a ver jamás hablando con un Davenport –le advirtió con rencor.

–Solo me ha preguntado por mamá muy educado y me ha dicho que si necesitamos algo…

–No necesitamos nada de esa familia. No te acerques a ellos, Alison. No traen más que problemas. De no ser por ellos, mi hermano seguiría vivo.

No era la primera vez que le oía a su padre decir aquello. Su tío trabajaba en la mina de cobre de la familia Davenport, hubo un accidente y murió. Aunque había habido una investigación y se había concluido que no había habido responsabilidad por parte de la mina, su padre estaba

convencido de que los Davenport habían utilizado su dinero y su influencia para ocultar la verdad.

Aunque aquello había ocurrido hacía cuarenta años, la amargura en casa de Alison era tan fuerte como si hubiera ocurrido el día anterior.

Para ella, aquello no tenía nada que ver con Luke. Él no era responsable del pasado. Sin embargo, no se lo dijo a su padre. Para él, los Davenport eran los culpables de la muerte de su hermano y punto.

Seis años después, se lo encontró en Londres, en una fiesta. Ella estaba yendo hacia la puerta para salir de aquel bar ruidoso y lleno de gente cuando lo vio. Había pasado mucho tiempo, pero lo reconoció.

Fue hacia él, y éste la miró preguntándose quién era.

–Vaya, estás muy lejos de casa –dijo ella.

–Madre mía, Alison, ¿no?… Alison Trevelyan –replicó él gratamente sorprendido. La miró apreciativamente, embutida en sus pantalones de cuero y un jersey de cuello vuelto–. No te había reconocido. Estás guapísima –añadió olvidándose de la colegiala a la que había visto la última vez.

Alison se había hinchado como un pavo.

–¿Qué haces en Londres? –preguntó él.

–Estoy en la universidad y vivo aquí al lado. ¿Y tú?

–Trabajo para Millington Hays no muy lejos de aquí.

–Estarás hecho todo un ejecutivo, supongo.

–Soy director adjunto.

–Perdón. Es obvio que los cotillas de Penray no están a la última.

–Menos mal –sonrió Luke–. ¿De qué conoces a Barbara?

–¿A quién? Ah, a la chica del cumpleaños. Perdón –rio Alison–. La verdad es que no la conozco de nada. Es la hermana de una amiga de una amiga. Hemos venido un buen grupo de la universidad, pero no estoy muy cómoda. No conozco a nadie.

–Yo, tampoco. Barbara y yo somos compañeros de trabajo –sonrió–. ¿Quieres tomar algo?

Alison olvidó inmediatamente que pocos segundos antes el bar le había parecido insoportable y lo siguió hasta la barra.

La música estaba muy alta y tuvieron que acercarse mucho el uno al otro para poder hablar. Cada vez que se inclinaba sobre ella para decirle algo, Alison sentía que se derretía.

En un momento dado, alguien la empujó y Luke la sujetó. Entonces, quedaron todavía más cerca. Alison no se podía creer la suerte que había tenido de encontrárselo. Y, lo que era mejor, de que la mirara con el mismo interés que ella a él.

La acompañó a casa andando y no pararon de hablar. Aunque no se conocían de nada, Alison se encontró hablándole de todo, como si los problemas que habían separado a sus familias durante años no hubieran existido nunca.

–Hablo demasiado, ¿verdad? –dijo tímidamente cuando llegaron a la puerta de la casa que compartía con otra estudiante.

–No –sonrió él–. Eres un encanto, Alison Trevelyan –añadió sinceramente.

Luke Davenport tenía fama de mujeriego.
–Seguro que se lo dices a todas –protestó Alison.
–Solo a las que quiero volver a ver –dijo él besándola.
Jamás olvidaría aquel primer beso. Había sido breve y excitante.
–¿Te puedo volver a ver? –susurró él.
Alison asintió porque no podía hablar.
Después llegaron las citas; en esa época Alison se sintió como si viviera un sueño.
Siempre la iba a buscar en su Jaguar azul descapotable, la llevaba a restaurantes y discotecas y daban largos paseos por el campo. Era perfecto, disfrutaban mucho juntos, hablaban de todo… menos de sus familias. Era un pacto tácito. Sus familias estaban en Cornualles y no tenían nada que ver con ellos.
Llevaban saliendo unas semanas cuando Luke le preparó un picnic sorpresa en Kent.
–El viernes voy a ir a Cornualles a ver a mi padre, Ali. ¿Quieres venir conmigo? –le preguntó sorprendiéndola.
–No puedo –tuvo que contestar pensando en su padre.
–¿Por qué? Vuelvo el domingo. No te preocupes, estarás el lunes para ir a clase. Creí que te gustaría pasar el fin de semana con tu familia.
–Sí, pero…
–¿Pero no quieres ir conmigo?
–No es eso, Luke –contestó ella sentándose sobre la hierba–. Sabes perfectamente que nuestras familias no se tienen mucho aprecio.
–Lo sé, pero creo que ya va siendo hora de terminar con todo eso.
Alison sonrió.
–Tienes razón, pero, si llegamos juntos, se van a enterar de que estamos saliendo y preferiría no tener que pasar por ello a menos que… si no es necesario.
–Como quieras –dijo Luke encogiéndose de hombros–, pero no me gusta andar mintiendo.
–Para ti es fácil, Luke. Tú vives en Londres.
–Y tú.
–Sí, pero solo mientras estudio…
Se hizo un incómodo silencio que Luke rompió empujándola sobre la hierba y besándola con deseo.
–Ali, eso son cosas del pasado. Lo que importa somos nosotros, el aquí y el ahora.
Alison se olvidó de qué estaban hablando en el mismo instante en que sintió sus labios.
–Cada día me cuesta más comportarme como un caballero, Ali… –se quejó Luke.
–Puede que no quiera que te comportes como un caballero –dijo ella besándolo y recreándose en el placer que le producía sentir sus manos por el cuerpo.
Luke se apartó y le preguntó con voz ronca si quería ir a su casa. Sin dudarlo, ella contestó que sí.
Era la primera vez que iba a su piso, un lujoso ático que daba al río. Lo

comparó con su pisito y se dio cuenta de lo diferente de sus mundos. Luke era director de una multinacional y ella estaba empezando.

Sin embargo, lo realmente grave era que él tenía una amplia experiencia sexual y ella era virgen.

–¿Quieres beber algo? –le preguntó él como si notara su nerviosismo.

–Sí, gracias –contestó observándolo servir dos copas de vino.

–Por nosotros –brindó Luke.

–Por nosotros –contestó ella dando un trago.

Lo miró a los ojos, Luke se acercó, le quitó la copa y la dejó sobre la mesa.

–¿Dónde nos habíamos quedado? –murmuró–. Ah, sí, me estabas diciendo que no querías que me comportara como un caballero.

–¿De verdad? –dijo Alison con el corazón a mil por hora.

–Entonces, ¿cómo quieres que me comporte? –murmuró besándola por toda la cara–. ¿Voy por buen camino?

–Vas… por el… camino perfecto.

Siempre le había costado resistirse a sus besos, pero aquel día, mientras anochecía sobre Londres, supo que no iba a resistirse. Lo deseaba. Llevaba semanas deseándolo. Luke comenzó a desvestirla y ella lo ayudó. Cuando la tomó en brazos y la llevó a su dormitorio, estaba muy excitada. Solo pensaba en sentir sus manos y sus besos. Fue una unión salvaje en la que se dio rienda suelta a aquel deseo que llevaba tantos días retenido.

Alison no se arrepintió en absoluto de lo que habían hecho, pero no quería pensar en el futuro.

Aquel fin de semana, Luke no fue a Cornualles. Se quedó con ella en la cama, enseñándole los placeres del amor. Él era un buen profesor y ella, una alumna aventajada. Los días pasaban volando. Todo era maravilloso. Tan maravilloso, que Alison se moría por irse a vivir con él, pero Luke no se lo pidió, así que se cuidó mucho de hacer ninguna insinuación al respecto.

Se dijo que era mejor no verse demasiado porque tenía que estudiar y, además, porque sabía que a Luke le gustaba su libertad.

El día que hizo el último examen y supo que había terminado la universidad, sintió muchas emociones a la vez. Por una parte, quería volver a Cornualles. Aunque se lo había pasado muy bien en Londres, era una chica de campo y sabía que no podría vivir en la ciudad para siempre.

Pero la vida de Luke estaba en la ciudad. Era un hombre ambicioso y estaba ascendiendo. Alison tenía claro que, si quería seguir con él, iba a tener que ser ella la que se sacrificara. Por eso, mandó unos cuantos currículos y, mientras esperaba a que le saliera un trabajo de jornada completa, aceptó dos de media jornada para poder seguir pagando el piso.

La última noche que pasó en su casa, tras hacer el amor y abrazados cómodamente en su cama, Luke sacó el tema del futuro y le preguntó si le había surgido algún trabajo.

–Tengo un par de entrevistas la semana que viene –contestó ella–, pero no sé si debería volver a casa.

La verdad era que quería ver si Luke le pedía que se quedara, pero no lo hizo. Se limitó a preguntarle si echaba de menos a su familia y su ciudad.

–Sí, las dos cosas –contestó mirándolo–. ¿Tú, no?

–Me gusta Cornualles, pero, en estos momentos de mi vida, quiero otras cosas. Me estoy planteando irme de Inglaterra. Me han ofrecido un puesto en Nueva York.

Alison se quedó perpleja y lo observó con el corazón latiéndole aceleradamente, esperando a que le pidiera que se fuera con él.

–Es una buena oportunidad. Mi empresa se ha fusionado con una estadounidense y quieren que yo me haga cargo.

Alison no podía articular palabra.

–Existen los aviones, Alison. Además…

Lo que fuera a decir quedó interrumpido por el teléfono.

–Es para ti. Tu compañera de piso –anunció Luke.

Alison supo que algo iba mal. Sandra nunca la llamaba a casa de Luke.

–Ha llamado tu hermano, Alison –le dijo su amiga en tono grave–. Tus padres han tenido un accidente de coche.

Luke la llevó al hospital en mitad de la noche y se ofreció a acompañarla, pero Alison le dijo que no, que ya lo llamaría.

Al entrar en el hospital, vio a Garth y supo que había llegado demasiado tarde.

Destrozada, se entregó por completo a llevar la casa. Su hermano pequeño, Ian, solo tenía quince años y decidió que debía cuidar de él.

Luke fue a verla después del entierro y se vieron en el sendero que separaba sus casas.

–Siento mucho lo de tus padres –le dijo con amabilidad–. Sé por lo que debes de estar pasando. Perdí a mi madre hace diez años y fue muy duro.

En ese momento, se sintió querida, protegida… ¿Qué más daba que no le hubiera dicho que la quería? Podía confiar en él con los ojos cerrados. Tal vez no aceptara el puesto en Nueva York…

Se encontró hablando más que nunca con él de los problemas de su familia. La granja era suya y de sus tres hermanos, pero Garth quería vender.

–Yo no quiero vender. Amo este lugar y creo que deberíamos dejar las cosas como están. Mis padres acaban de morir. Vender tan pronto me parece una falta de respeto, pero Garth quiere comprar el viejo Cliff House. Hemos estado haciendo números y creemos que podría ser viable.

–¿El hotel del acantilado? –dijo Luke–. Lleva mucho tiempo en venta, ¿no?

–Sí, piden mucho –asintió Alison–. Aunque no quisiera meterme en ello con mis hermanos, con su parte en la herencia y un crédito podrían comprarlo. Ojalá pudiera quedarme con la casa y los caballos, pero no va a poder ser.

–No es bueno estar demasiado atado a las cosas, Alison –apuntó Luke viendo el sufrimiento reflejado en sus ojos.

–¿Tú no amas tu casa?

–Claro que sí y supongo que, como soy hijo único, algún día me ocuparé de la propiedad, pero, de momento, prefiero explorar, descubrir cosas nuevas.

–¿Me estás diciendo que has aceptado el trabajo de Nueva York? –le

preguntó nerviosa.

Luke le agarró de la mano y Alison recordó las noches que habían compartido. De repente, temió que no se iban a repetir.

–No tengo que contestar hasta dentro de dos meses –contestó.

Alison tuvo la impresión de que no quería hablar del tema.

–Bueno, yo voy a estar ocupada por aquí… hasta que pongamos todo en marcha –dijo ella intentando que pareciera que todo iba bien.

–¿Además de poner tu parte tus hermanos quieren que te encargues del hotel?

–Bueno, Garth, sí… Pero no me he comprometido a nada. Supongo que, como de todas formas tengo que cuidar de Ian un tiempo, echaré una mano –dijo Alison creyendo que, así, estaba dejando la puerta abierta a que le pidiera que se fuera a Nueva York con él.

–No te comprometas demasiado, Alison. Tú tienes tu vida.

–Sí, claro… Una cosa, no le digas a nadie que la granja está en venta, ¿de acuerdo?

–¿Por qué? ¿Cómo la vais a vender si no le decís a la gente que está en venta?

–Garth se la ha dado a una agencia de la ciudad.

–Comprendo. Mejor vendérsela al mismísimo diablo antes que a los Davenport.

Alison se ruborizó.

–Bueno, tu padre ofreció comprarnos una parte hace tiempo y mi padre le dijo que no. Por respetar su memoria, hemos pensado que era mejor vendérsela a alguien de fuera. Ya sabes la situación que hay en mi casa, Luke…

–Sí, ya veo que tus hermanos son tan cabezotas como tu padre –apuntó Luke impaciente.

–Las cosas están un poco difíciles en estos momentos y solo quieren hacer lo que hubiera hecho mi padre –dijo Alison–. Por eso, te pido que no le digas nada de esto a tu padre.

Luke no contestó.

–¡Luke, prométeme que no le vas a decir nada! –lo increpó.

Luke la miró y, por primera vez en su vida, lo hizo enfadado.

–No te preocupes, el preciado secreto de los Trevelyan está a salvo conmigo. No me mires así.

–¿Cómo?

–Como me estás mirando, toda inocencia y provocación… Sabes que me vuelves loco.

–¿Ah, sí? –bromeó encantada.

–Lo sabes muy bien –dijo besándola.

Hacía tres semanas que no se acostaban y los dos se morían por tener un rato para ellos.

–No quiero hablar de nuestras familias ni tener que verte a escondidas… Quiero besarte, Alison, pero estás tan atrapada en el pasado y eres tan joven…

–No soy tan joven –protestó mirándolo a los ojos.

–Tienes veintidós y yo, treinta.

–¿Y qué?
–Para empezar, que soy tu primer novio serio –sonrió.
–Para que lo sepas, tengo muchos pretendientes –bromeó ella–. Sin ir más lejos, la semana que viene Todd Johnson me ha invitado a un concierto.
–Eh, recuerda que eres mía y solo mía, Alison Trevelyan –le dijo en tono cariñoso pero posesivo.
Alison se rio y se dejó abrazar y besar. Todavía le parecía oler la brisa marina de aquel día. Lo recordaba perfectamente. Dios, cómo lo deseaba.
No pudieron ni llegar a un hotel. Se tumbaron en el maizal e hicieron el amor con pasión. Recordaba el cielo azul y el cereal amarillo rodeándolos.
Siempre que recordaba aquel día se avergonzaba de cómo lo había deseado. Lo peor era que, incluso en aquellos momentos, lo deseaba. Qué patético. Había albergado esperanzas de que Luke sintiera algo por ella, pero solo había sido sexo y, cuando le convino, la traicionó.
La granja se vendió, sí, pero no al señor Delaney sino a John Davenport, el padre de Luke. No lo descubrieron hasta que fue demasiado tarde. Garth montó en cólera y Alison sintió una pena terrible. ¿Cómo podía haberle hecho aquello?
Luke no estaba en aquellos momentos en Londres, sino en Estados Unidos, así que tuvo que esperar al día siguiente para hablar con él.
Una mujer con acento estadounidense contestó el teléfono.
–Está en la ducha, pero soy su novia. ¿Quiere que le dé algún recado?
–¿Su novia?
–Sí, Bianca Summers. ¿De parte de quién?
Alison se había quedado tan sorprendida, que colgó. Además del enfado por lo de la venta de su casa, Luke la había estado engañando con otra. ¿Desde cuándo?
El dolor era casi insoportable.
–¿Cómo te fiaste de Luke Davenport? –le reprochó Garth–. ¡Qué diría papá! ¡Le has entregado nuestra casa y nuestras tierras a esa familia!
–No se las he entregado –murmuró Alison–. Nos han pagado bien.
Sin embargo, se sentía humillada y la cosa no hizo más que ir a peor un par de días después cuando, leyendo la prensa, se encontró con Luke del brazo de una rubia despampanante acudiendo a un baile de caridad.
«Suenan campanas de boda para Luke Davenport y Bianca Summers. Bianca, hija del millonario Edward Summers, es compañera de trabajo de Luke en Millington Hays en Nueva York», leía el pie de la imagen.
–¡Cómo no! Con la hija de un millonario –dijo Garth–. Esa gente solo se casa entre sí.
De repente, Alison lo vio claro. Entendió por qué se quería ir a Nueva York, por qué le había contado a su padre su secreto y por qué no la había ido a ver en semanas. Para él, lo suyo solo había sido una aventura y, ahora, se iba a casar.
Se sintió la persona más idiota sobre la faz de la tierra. Se sintió utilizada y manipulada, pero era demasiado orgullosa como para sentarse a llorar, así que intentó seguir adelante.
Todd Johnson, un amigo de Garth, la ayudó. Él también acababa de

romper una relación y su amistad la ayudó a superarlo. Con su apoyo, pudo verlo por última vez antes de que se fuera a Nueva York.

Prefería no recordar aquel último encuentro. Al menos, se había mostrado digna.

Se enteró de que estaba embarazada cuando él ya se había ido. Aquel día y la mañana, diez meses después, en la que había visto las fotos de la boda de Luke habían sido los peores momentos de su vida.

Pero ahora ya había rehecho su vida, estaba mucho mejor y no iba a dejar que aquel hombre le volviera a arruinar la vida.

Llamaron a la puerta. Eran sus hermanos.

–¿Qué pasa? ¿Tenemos una reunión mafiosa?

–La cosa no tiene ninguna gracia –contestó Garth–. Alison, vamos a tener que morder el polvo y aceptar la oferta de Davenport.

–Querrás decir que yo voy a tener que morder el polvo –le reprochó Alison.

–Alison tiene razón –apuntó Ian–. Si no quiere, tiene derecho a no verlo.

–Tú, cállate, mocoso. Solo tienes dieciocho años y no sabes las presiones a las que estamos sometidos los mayores –le dijo mirando a Alison a los ojos–. Mi mujer va a tener un niño, Michael se quiere casar y todos tenemos las casas hipotecadas. Si el hotel va mal, nos va mal a todos y lo sabes.

–¿En qué consiste la oferta de Davenport? –preguntó Alison apretando la mandíbula.

–Quiere una participación igual que la de los demás.

–¿Y a cambio? Porque no habrás sido tan idiota como para creer que no va a querer nada cambio… ¿Le dijiste tú que Nathan es hijo suyo?

Garth hizo una mueca y Alison golpeó la mesa con el puño cerrado.

–¡No tenías derecho a hacerlo, Garth!

–Creí que, tal vez, tuviera derecho a saberlo.

–¡Pero si lo odias! ¿Cómo puedes ser tan cínico?

–Ya no lo odio. Creo que me equivoqué con él. Por favor, Alison, habla con él.

–No le interesa el hotel, Garth, ¿no lo entiendes? Quiere a Nathan.

–Deberíamos concederle el beneficio de la duda, ¿no?

Alison se encontró perdida. Recordó el ultimátum de Luke. No había nada que hacer, pero lo que más le preocupaba era por qué le molestaba tanto que viera a su hijo.

–He hablado con él largo y tendido y viene con buenas intenciones –insistió Garth.

–¿Y su mujer? ¿Qué le parece a ella su interés por el hotel y por mi hijo?

–Luke está divorciado, Alison. Bianca y él llevan casi un año separados.

Capítulo 3

Cuando llegó a casa, Nathan estaba dormido y lo único que se oía era la tormenta en el exterior.

«La noche perfecta para que el diablo salga a dar una vuelta», pensó Alison. La noche perfecta para que Luke fuera a visitarla.

Recordó el triunfo que había detectado en su voz cuando había contestado a su llamada y cómo le había dicho muy orgulloso que pasaría sobre las ocho.

Miró el reloj. Eran las ocho y cuarto. Llegaba tarde. ¿Lo estaría haciendo adrede? Esperar a que llegara, paseándose por la casa, estaba resultando una horrible tortura.

Se dispuso a servirse una copa de vino, pero cambió de opinión. Tenía que tener la cabeza completamente lúcida para enfrentarse a Luke Davenport. Se sorprendió mirando a ver qué tal estaba en el espejo.

Llevaba el pelo recogido, unos vaqueros y una camiseta blanca. No quería ni por asomo que Luke pudiera pensar que había hecho esfuerzo alguno para estar guapa para él, pero se preguntó si no habría sido un error. Tal vez, debería utilizar sus armas femeninas para estar un paso por delante de sus planes, fueran los que fueran. Estaba convencida de que Luke no estaba interesado en el hotel.

Recordó que Garth le había dicho que Luke estaba divorciado. Calculando, se dio cuenta de que su matrimonio había durado apenas ocho meses. ¿Qué habría pasado? ¿No habría podido serle fiel?

Sonó el timbre y sintió que se le ponía el corazón en la garganta mientras caminaba hacia la puerta.

Era Luke.

–Llegas tarde –le dijo cortante.

–Unos dos años –replicó él al tiempo que un relámpago le iluminaba la cara–, pero más vale tarde que nunca –añadió entrando y quitándose la gabardina–. Me alegro de que te lo hayas pensado mejor.

–No lo he hecho –contestó Alison–, pero creí que debíamos… hablar.

–Claro, seguro. ¿No serían, más bien, tus hermanos? Garth es muy persuasivo cuando quiere algo, ¿verdad? Como tu padre.

–No metas a mi familia en esto, Luke. Es algo entre tú y yo.

–Yo no lo veo así –dijo él con sarcasmo–. Sé por experiencia que es imposible tratar con un solo Trevelyan. Te las tienes que ver con todos a la vez.

–Lo digo en serio, Luke. Esto es algo entre nosotros. Sé muy bien que el hotel no te interesa, así que quiero que pares de meterle ideas estúpidas en la cabeza a Garth. Deja a mis hermanos en paz.

–Veo que tienes una actitud muy maternal –bromeó mirándola

apreciativamente–. Me pregunto hasta dónde serías capaz de llegar para tener a tus hermanos contentos.

Alison se sintió incómoda, pero no bajó la mirada.

–Hasta donde haga falta –contestó muy seria.

En lugar de mostrarse impresionado, aquello pareció hacerle gracia. Nerviosa, Alison colgó su gabardina detrás de la puerta.

–Tienes una casa muy bonita –apuntó él pasando al salón y mirando la chimenea encendida.

Alison se apresuró a ir tras él. Nunca había estado tan tensa. Algo le decía que debía tener mucho cuidado.

–¿Quieres beber algo? –preguntó por educación.

–No –contestó él girándose y mirándola–. Lo que quiero es ver a mi hijo.

Alison no contestó. Sabiendo que Garth se lo había contado, no tenía sentido seguir negándolo. Le había estado dando vueltas a la cuestión todo el día. Sabía que Luke era capaz de pedir pruebas de ADN. ¿Y de qué serviría complicar tanto las cosas? Al fin y al cabo, era cierto que era suyo. Tal vez, si se lo ponía fácil, se aburriera y se fuera antes.

–¿Dónde está?

Alison no podía hablar.

–¿Alison?

–Está arriba, durmiendo –murmuró enfadada.

Cuando lo vio ir hacia la escalera, corrió tras él y lo adelantó.

–No lo despiertes. Ha tardado mucho en dormirse.

–Me sorprende que lo sepas porque, según me han dicho, se pasa el día con una niñera mientras su madre juega a los hotelitos.

–¿Cómo te atreves? –le contestó con indignación y furia–. Tengo que trabajar, pero no es asunto tuyo.

–Te equivocas –dijo él llegando al final de las escaleras–. Claro que es asunto mío.

Solo había dos dormitorios en la casa y Luke abrió la puerta correcta. La estancia estaba alumbrada por una lamparita azul que había junto a la cuna y que se reflejaba en el papel con muñequitos de Disney de las paredes.

Luke se acercó al niño y Alison lo observó conteniendo la respiración.

En silencio, se colocó al otro lado de la cuna. Nathan estaba profundamente dormido, destapado porque se había quitado las sabanitas. Estaba guapísimo con su pijamita de ositos, las mejillas sonrosadas y los ojitos cerrados.

–Es precioso, Alison –dijo Luke emocionado.

Alison se quedó sin saber cómo reaccionar.

–Sí, lo es.

Nunca lo había visto así. Aquel hombre, siempre con todo bajo control, estaba emocionado de verdad. Que un bebé lo hiciera reaccionar así le llegó al alma.

–¿Estás bien? –le preguntó amablemente.

Luke la miró a los ojos.

–¿Tú qué crees? Me lo tendrías que haber dicho, Alison… no tenías derecho a escondérmelo.

–No creí que te interesara –contestó ella yendo hacia la ventana y dándole la espalda mientras fingía observar la tormenta. En realidad, estaba recordando el día que nació su hijo–. Vamos a dejar las cosas claras. Lo nuestro solo fue una aventura… y ambos seguimos, luego, con nuestras vidas. Cada uno por su lado.

–Sí, pero el día que supiste que estabas embarazada, la cosa dejó de ser entre tú y yo solamente.

Incapaz de soportar más la tensión, Alison se dio la vuelta y se fue al piso de abajo. Aquella vez sí que se sirvió una copa de vino. Se apoyó en la chimenea e intentó calmarse.

No pensaba sentirse culpable por no haberse puesto en contacto con Luke. Le había dejado muy claro que para él lo suyo había sido algo temporal, así que, ¿para qué le iba a decir que estaba embarazada? Además, no lo había necesitado en absoluto.

Al poco tiempo de ver la foto de Luke con Bianca en la prensa, una persona que trabajaba en casa de los Davenport había ido diciendo por ahí que Luke iba a ir el fin de semana siguiente a casa para hacer el anuncio oficial.

En ese momento, Alison les había dicho a sus hermanos que entraba con ellos en el negocio del hotel, y había comprado la pequeña casa de pescadores junto a los acantilados.

Sus hermanos se pusieron muy contentos y Todd, también. De hecho, la había invitado a comer para celebrarlo. Al salir del restaurante, había visto a Luke sentado solo en el coche al otro lado de la calle. Como estación de ferrocarril estaba cerca, había supuesto que estaba esperando a Bianca.

En aquellos momentos, solo pensó en hacerlo sufrir como había sufrido ella y agradeció profundamente que Todd le pasara el brazo por los hombros. Al ver que Luke los miraba, se sintió un poco mejor.

Sabía que no se sentiría celoso. Al fin y al cabo, tenía a la guapa Bianca para él, pero, al menos, sabía que ella tampoco había perdido el tiempo.

A pesar de que quería vengarse de él, se alegró de verlo salir del coche e ir hacia ellos.

–Hola, Alison –le dijo.

Ella no contestó.

–Me gustaría hablar con ella a solas si no te importa –le dijo a Todd.

Todd no se movió de su lado hasta que Alison le pidió que la esperara en el coche.

–¿Quién es ese? –le preguntó Luke enfadado en cuanto se fue.

–No creo que sea asunto tuyo –contestó ella temblando–. Me sorprende que te molestes en preguntar siquiera.

–¿Es verdad que te has comprado la casita de pescadores de los acantilados?

–Sí.

–No has perdido el tiempo, ¿eh? –le dijo con desprecio.

–Lo mismo te digo –contestó molesta–. Eres un cerdo, Luke Davenport. Mi padre tenía razón. No tenías bastante con engañarme y robarnos nuestra tierra…

–No os hemos robado nada. Os hemos pagado bien.
–¿Es esa tu idea de pedir perdón? –le espetó ella iracunda.
–No estoy pidiendo perdón –contestó él furioso–. Alguien tenía que comprar tus tierras y pensé que, a la larga, te estaba haciendo un favor.
–No necesito tus favores.
–Ya –dijo encogiéndose de hombros–. Mira, me voy a Nueva York la semana que viene y quiero que las cosas queden claras entre nosotros porque…
–Me alegro por ti. Espero que seas muy feliz allí –dijo comenzando a andar porque no podía soportar la idea de que le fuera a decir que se iba a casar con Bianca.
–No puedo hablar contigo si estás así…
–Estupendo porque no tengo nada que decirte. Lo que tuvimos estuvo bien, rompió con la monotonía de Londres, pero estaba claro que no iba a durar… Nunca fue una relación seria, ¿verdad?
Ingenuamente, en el fondo de su corazón, tenía la esperanza de que Luke dijera lo contrario, pero no lo hizo.
–No, supongo que no.
Aquello le dolió tanto, que lo único que quería era irse, pero Luke la agarró del brazo.
–¿Qué hay entre ese tipo y tú?
Alison lo miró a los ojos desafiante.
–Pasión, Luke… Una pasión estupenda y maravillosa.
Le encantó herir su ego masculino. Así pudo seguir andando con la cabeza bien alta y orgullosa de sí misma por no haber llorado.
Las lágrimas llegaron, y a borbotones, unas semanas después, cuando se enteró de que Luke realmente se había ido a Nueva York y que estaba embarazada.
Sí, de diez semanas, así que aquel niño había sido concebido en Londres, cuando su relación era maravillosa.
Nunca había tenido tanto miedo ni se había sentido tan sola.
Aun así, se había convencido de que no lo necesitaba en absoluto.
Y era cierto… Bueno, a veces, sola en la cama, se despertaba en mitad de la noche y se imaginaba que Luke estaba allí, que la quería. Pero no eran más que sueños… ilusiones. La verdad era que no había significado nada para él.
La verdad era que doce meses después se casó con Bianca.
Se las había arreglado bien con Nathan durante los últimos dos años. No podía permitir que Luke lo fastidiara todo y, por supuesto, no debía sentirse culpable.
Alison miró las escaleras deseando que bajara, hablaran y todo aquello terminara cuanto antes. Cuando, por fin, bajó al cabo de veinte minutos, a Alison le pareció que había pasado una eternidad.
Esperó a que Luke dijera algo, pero no lo hizo. Se limitó a mirarla con una intensidad insoportable.
–Bueno, ya lo has visto –le dijo–. ¿Estás contento?
Luke enarcó una ceja.
–¿Tú qué crees? ¿A ti te bastaría con ver a tu hijo veinte minutos

cuando te has perdido dos años de su vida?

–¡Venga ya, Luke! No me vengas ahora con esas. A mí no me engañas. Te conozco demasiado bien.

–¿Ah, sí?

–Sí –contestó ella muy segura de sí misma–. Te querías ir a Nueva York y te fuiste. Si te hubiera dicho que estaba embarazada, no te habrías quedado.

–¿Quién demonios te crees para jugar a ser Dios y decidir sobre mi vida? –explotó Luke furioso–. ¿No crees que deberías haberme concedido, al menos, la posibilidad de decidir si quería o no participar en la vida de Nathan? ¿Te dejaste llevar por la sed de venganza?

Observó cómo se ponía roja.

–Lo sabía –dijo.

–No me dejé llevar por nada. Lo hice porque creí que era mejor para Nathan y para mí –dijo sin convicción.

De repente, se descubrió preguntándose si lo había hecho por vengarse. Cuando decidió no decirle nada, no se lo pareció. No lo había llamado para decirle que estaba embarazada porque era una mujer orgullosa y no quería que pensara que lo necesitaba. ¿Tal vez también había habido un parte de ella que había pensado que le estaría bien empleado no conocer a su hijo por lo que le había hecho?

Alison tomó aire.

–Discutir sobre el pasado no nos lleva a ningún sitio –le dijo con calma–. Si quieres ver a Nathan… por mí no hay ningún problema… –le dijo con gran esfuerzo. En realidad, claro que le suponía un problema. No quería a Luke cerca, pero sabía que era lo que debía hacer–. Supongo que volverás pronto a Nueva York, así que, si quieres, puedes pasarte de vez en cuando, no sé, una vez a la semana, por ejemplo…

–¿De verdad? ¡Muy amable por tu parte!

–Es lo que hay, Luke… Lo tomas o lo dejas.

–Lo dejo, pero gracias de todas formas.

Alison lo miró perpleja.

–¿Me estás diciendo que no quieres volver a verlo?

Debería haberlo tenido claro. El niño tampoco le interesaba.

–Me parece que no te estás enterando de nada, Alison –contestó él acercándose.

–¿Ah, no? –dijo intentando mantener la calma. No podía soportar tenerlo tan cerca–. ¿Por qué no me lo dejas claro de una vez?

–Muy bien –dijo él parándose a pocos centímetros de ella–. Dada la situación, no voy a volver a Nueva York.

Alison se quedó sin palabras.

–Tras la muerte de mi padre, tengo que hacer muchas cosas por aquí. Mientras, voy a tener mucho tiempo para dedicarle a mi hijo, y las condiciones las pongo yo. Voy a venir a verlo siempre que quiera, como quiera y cuando quiera. ¿Te ha quedado claro?

–Muy claro, pero yo soy su madre y las condiciones las pongo yo –contestó ella mirándolo desafiante a los ojos.

–Aplaudo tu tesón –dijo encogiéndose de hombros–, pero me parece que

sigues sin comprender muy bien cómo están las cosas. Mira, yo tengo todos los ases de la baraja, ¿entiendes? Más te vale ser muy amable conmigo o… podrías perder al niño.

–¿Me estás amenazando?

–Claro que no –contestó Luke–. Te estoy prometiendo que, si no cooperas conmigo, te haré la vida muy difícil. Parece que no te va muy bien económicamente. Eso no te daría muchos puntos en un juicio para la custodia de Nathan. No creo que el hecho de que me hayas ocultado la existencia de mi hijo le gustara al juez tampoco.

–¿Un juicio por la custodia? –dijo Alison con los ojos como platos–. No eres capaz…

–Claro que sí –sonrió Luke mirándola con frialdad–. No creerás que voy a dejar que me digas cuándo puedo ver a mi hijo, ¿verdad? ¿De verdad crees que me voy a conformar con verlo media hora una o dos veces por semana?

–No sé qué creer en lo que a ti respecta –contestó Alison con el corazón latiéndole aceleradamente–. Creí que ese régimen de visitas serían más que suficientes para ti. Los niños dan mucho trabajo y son un compromiso muy serio. Nathan no es un objeto que se puede devolver cuando uno se cansa de él. Tiene sentimientos y… si te ve mucho va a… tomarte afecto –dijo con la voz quebrada–. Solo es un bebé y necesita a su madre, Luke.

–Y a su padre también –le aseguró Luke–. Me importa un pimiento que te pongas a llorar. No pienso irme y no pienso echarme atrás.

–¿Cómo es que te interesa jugar a los papás y las mamás con Nathan?

–¿Tiene que haber una razón en particular para que me interese mi hijo? Es mío, Alison… y heredero de los Davenport.

–¿Es que ahora vamos a ponernos a pelear por él? –le espetó.

–Haremos lo que sea mejor para él. Me da igual lo que tú crees. El hecho es que un niño necesita a su padre y yo me he perdido los dos primeros años de su vida porque tú me has ocultado su existencia –le reprochó acercándose más.

Alison intentó mantenerse en calma, pero no podía y la cosa empeoró cuando Luke le acarició la mejilla, un gesto lleno de dulzura que no encajaba con lo duro que estaba siendo con ella.

–¿Qué quieres que hagamos exactamente? ¿Cuáles son tus condiciones? –le preguntó temblando.

–Solo quiero conocer a mi hijo sin tener que enfrentarme a ti –contestó–. Aunque no te guste, los dos somos responsables de él. Lo menos que podemos hacer es comportarnos como adultos civilizados.

Alison no contestó. En aquellos momentos, lo último que se le pasaba por la cabeza era comportarse de manera civilizada.

–Mañana, iré al hotel y tú saldrás a recibirme, me lo enseñarás… incluso nos podemos tomar un café, me contarás la situación financiera del Cliff House y me pensaré si invertir. Por la tarde, dile a Jane que se vaya porque vendré a recoger a Nathan.

Alison abrió boca para protestar, pero Luke siguió hablando.

–Puedes venir con nosotros, si quieres. Nathan no me conoce, así que entiendo que estará más relajado si estás tú.

A Alison aquello no le hacía ninguna gracia, pero, al menos, no se lo iba a llevar él solo.

Luke se calló y esperó un buen rato a que ella dijera algo. Alison se moría por mandarlo al infierno, pero no podía y se tuvo que morder la lengua.

–Le tengo que preguntar a Garth si puede hacerse cargo del hotel por la tarde. Tenemos un banquete de boda y…

–Seguro que Garth está encantado de encargarse de todo. De hecho, le vendrá bien tener que hacerse cargo del hotel –sonrió.

A Alison le irritó que hubiera ganado aquella primera batalla, pero se dijo que no iba a ganar la guerra. Claro que no.

–De momento, estoy de acuerdo contigo, Luke… Solo de momento.

–No estropees las cosas, Alison –contestó acercándose peligrosamente–. Lo podemos hacer por las buenas o por las malas. Depende de ti. Si no estás dispuesta a cooperar, iremos directamente a los tribunales.

–Te gusta jugar fuerte, ¿eh?

–Te equivocas –sonrió él–. Creo que estoy jugando muy suavemente. Como algún día lleguemos a tener abogados de por medio, te vas a enterar de lo que es jugar fuerte.

Capítulo 4

O sea que ayer bien, ¿no?

–Garth, como me lo vuelvas a preguntar, te mato. Las cosas fueron todo lo bien que te puedes imaginar, ¿de acuerdo? –contestó mirando por la ventana el cuidado césped del hotel que bajaba hasta el mar–. Estaba muy enfadado.

–Me lo imagino. Yo también me enfadaría si Sonia me dejara fuera de la vida de mi hijo.

–Ya, la diferencia es que tú estás enamorado de ella y quieres ese hijo –contestó Alison secamente–. Lo habéis hablado y habéis ido por él… Sois una pareja estable. Nada que ver con lo mío.

–Eso está claro, pero ahora todos nos tenemos que tragar el orgullo. Es por el bien del negocio. Todo va a salir bien, ya lo verás.

–Lo sé –contestó Alison con firmeza–. Anoche, cuando Luke se fue, estuve revisando de nuevo las cuentas y no creo que lo vayamos a necesitar. Creo que podemos solucionar los problemas sin él.

–¿Cómo? El banco no…

–Nada del banco. He tenido una idea. ¿Qué te parece si abriéramos el gimnasio del hotel al público?

Garth consideró la posibilidad en silencio.

–No creo que eso diera suficiente dinero.

–Puede que sí. Todavía tengo que hacer números, pero podría ser la solución.

Garth suspiró.

–No quieres rendirte sin luchar, ¿verdad?

–Exacto. Hay que tener mucho cuidado con Luke Davenport –dijo viendo el coche de Luke–. Podría pasar cualquier cosa. El hecho de que se haya mostrado interesado en el hotel no quiere decir que se vaya a comprometer económicamente. Podría querer vengarse de mí por no haberle dicho lo de Nathan.

–No me parece que sea de esos. La verdad, Alison, es que me cae bien. Me siento culpable por lo que dije de él en el pasado.

–Por Dios, Garth. Está fingiendo… con lo del hotel y, probablemente, también sobre Nathan.

–Bueno, si va a hacer que te sientas mejor, mira a ver lo del gimnasio, pero dale una oportunidad a Luke.

–Bien –dijo Alison, enfadada–. ¿Estoy bien? –le preguntó a su hermano pasándose la mano por la falda.

–Estás estupenda –contestó Garth sin mirarla, completamente concentrado en los números que le iba a presentar a Luke.

–Vaya, gracias –murmuró Alison.

Garth ni la oyó.

–¿Sabes lo que realmente me tiene preocupada?

–¿Qué?

–El matrimonio de Luke. No duró mucho, ¿verdad?

–No se llevarían bien –comentó Garth–. Puede que Luke quisiera un heredero y Bianca no quisiera tener hijos.

Alison miró a su hermano.

–¿Te lo dijo cuando hablasteis de Nathan?

–No –contestó su hermano obviamente arrepentido de haberle dicho a Luke que era el padre de su sobrino–. Son suposiciones mías.

–Ojalá no le hubieras dicho nada de Nathan –suspiró Alison.

–No quería hacerte daño –dicho Garth con ternura.

–Lo sé –asintió ella.

–Toda va a ir bien.

Ojalá ella estuviera tan segura. Lo de abrir el gimnasio al público le parecía realmente una buena idea. Si conseguía ponerla en marcha y hacerla funcionar, al menos, podría mantener a Luke alejado del negocio.

Se miró cómo iba vestida y se preguntó si no llevaría una falda demasiado corta. Aquella mañana, había decidido servirse de sus encantos femeninos para ganarle la partida a Luke. Si una vez lo había conseguido, ¿por qué no dos?

Entonces, le había parecido una idea brillante, pero ahora le estaba resultando ridícula.

–El señor Davenport está aquí –anunció Clare abriendo la puerta.

–Muy bien… dile que pase –contestó Garth poniéndose en pie.

Alison se dio cuenta de que estaba tan nervioso como ella.

–Buenos días, Garth –saludó Luke antes de mirarla–. Ali.

A diferencia de su hermano, Luke la miró de arriba abajo.

–Buenos días, Luke –intentó sonreír Alison.

–Estás muy guapa.

–Gracias –contestó apartando la mirada y diciéndose que aquello también formaba parte de la farsa.

–Ponte cómodo, Luke –le indicó Garth–. Había pensado que podíamos mirar las cuentas y hablar de…

–Si no te importa, Garth, preferiría que Alison me acompañara a dar una vuelta por el hotel y me fuera poniendo al día –lo interrumpió con educación y decisión.

–Muy bien… Como quieras, Luke –claudicó Garth.

Alison sintió asco al ver a su hermano en aquella posición.

–Que comience la farsa –dijo acercándose a él.

–Muy bien –sonrió el aludido.

Garth los acompañó a la puerta dispuesto a acompañarlos.

–Podríamos empezar por el gimnasio. Ya verás las instalaciones de ocio que tenemos. Todo de vanguardia y…

–Sí, sí, Garth, ya hablaremos luego –dijo Luke cerrándole la puerta en las narices.

–Podrías haberle dejado venir –apuntó Alison–. Quería enseñarte él el hotel.

–Pues yo quiero que me lo enseñes tú –contestó Luke admirando las piernas de Alison mientras la seguía al vestíbulo.
–Este es el vestíbulo de entrada –lo informó en tono serio haciéndose a un lado para que lo viera.
Clare sonrió a Luke.
–Acabamos de actualizar las reservas. Está todo informatizado –continuó ella.
–¿Qué sistema utilizáis? –preguntó Luke interesado.
Le contestó y esperó mientras toqueteaba uno de los ordenadores. Clare lo ayudó muy sonriente.
–Cuando quieras, podemos continuar –apuntó Alison con impaciencia–. La biblioteca está por aquí. La viste ayer.
Luke la siguió tras darle las gracias a Clare.
–Aquí está el comedor principal –dijo abriendo una puerta doble para que viera la acogedora estancia decorada en azules y amarillos.
–¿Cuántos huéspedes tenéis ahora mismo?
–Unos cincuenta.
–Eso es aproximadamente… la cuarta parte de la ocupación total, ¿no?
–Sí, pero llegan muchos más esta tarde –contestó Alison disgustada por tener que confesar ese dato–. Tenemos una boda este fin de semana.
–¿Tenéis licencia para que la gente se case aquí?
Alison asintió, atravesó el comedor y lo condujo a un invernadero victoriano.
–Las ceremonias se celebran aquí –le dijo.
–Muy romántico… Lo tendré en cuenta por si decido volverme a casar.
–Garth me ha dicho que te habías divorciado. Qué sorpresa.
–Veo que el rumor no había llegado a Penray, entonces.
Alison negó con la cabeza.
–Era de suponer. Mi padre se lo tomó muy mal. Cuando lo llamé para decirle que tenía que contarle una cosa, creyó que era la llegada de un heredero, no un divorcio –dijo Luke quedándose en silencio unos segundos–. Fue lo más difícil que tuve que decirle nunca.
–Lo siento –dijo Alison sintiendo pena por él.
–No estábamos hechos el uno para el otro –dijo encogiéndose de hombros–. Pero no se me han quitado las ganas de volverlo a intentar.
En el subconsciente de Alison, estalló la alarma. Si Luke decidía ir a los tribunales para pedir la custodia de Nathan, le convenía mucho tener una mujer, desde luego.
–¿Damos un paseo? –sugirió Luke abriendo la puerta del invernadero que daba al jardín.
Aunque hacía sol, se había levantado una brisa de abril que refrescaba el ambiente. Alison se estremeció al salir, pero no sabía si por el aire o por sus pensamientos.
Intentó tranquilizarse diciéndose que Luke no se iba a casar para conseguir a Nathan. Lo de la noche anterior había sido una bravuconada. Solo había querido meterle miedo. Claro que quería conocer a su hijo, pero no querría quedárselo para siempre. Era un soltero de oro y siempre lo sería. No había más que ver su coche.

Sin embargo, recordó su cara al ver a Nathan dormir… y lo que acababa de decir de que su padre quería desesperadamente un heredero…

–Todo está muy bonito –comentó Luke una vez en la terraza–. ¿El hotel es de los cuatro? ¿A partes iguales?

–Sí –contestó Alison esforzándose por comportarse con educación. Tener que hablar de los negocios de su familia con él la sacaba de quicio.

–¿Y lo dirigís Garth y tú?

–Sí, pero Michael e Ian también trabajan aquí. Michael es el jefe de cocina e Ian, aunque sigue en la escuela de hostelería, ayuda algunas noches y casi todos los fines de semana.

–Entonces, debe de ser terrible para todos vosotros que no vaya bien.

Aquello terminó con sus nervios.

–Iba muy bien. Solo estamos pasando una mala racha, pero lo tengo todo bajo control.

–¿De verdad? –dijo Luke secamente.

–Sí.

–No parece que Garth opine lo mismo –apuntó él observando divertido cómo seguía teniendo el mismo carácter de siempre.

Era una mujer inteligente, elocuente y guapa. Recordaba muy bien las conversaciones que solían tener en Londres, en las que ella no daba nunca su brazo a torcer y que solían terminar en besos, risas y pasión encendida.

–Porque tiene miedo, pero yo, no –apuntó segura de sí misma–. Sé que puedo solucionar esta situación.

–Muy bien. ¿Cómo?

Alison abrió la boca para contárselo, pero se mordió la lengua.

–Eso no importa. Lo que importa es saber qué te propones. No tienes ninguna intención de invertir en nuestro hotel, ¿verdad? Todo esto es una farsa para vengarte de mí.

–¿Vengarme de ti? Dicho así, parece que soy un niño enfadado porque le has quitado los caramelos. Es algo más serio, Alison.

–Nuestro hijo no tiene nada que ver con el hotel. Creo que deberíamos mantener los dos temas separados.

–Bien, pero sigo interesado en el hotel –apuntó–. Muy interesado –insistió mirándola fijamente.

–¡Venga ya, Luke! Tienes negocios mucho más importantes en Estados Unidos. Este sitio se te queda pequeño. No te interesa.

–Sí me interesa, Ali –repitió muy serio.

Alison recordó a sus hermanos, el hijo de Garth, la próxima boda de Michael, el futuro de Ian… Tomó aire.

–Mira, Luke, entiendo que te… sorprendiera enterarte de lo de Nathan, pero no la pagues con mis hermanos.

Aunque sabía que no debía hacerlo, se acercó a él y le puso una mano en la camisa.

–Antes, nos llevábamos bien… Te preocupabas por mí…

–Sí –contestó él mirándola a los ojos y recordando perfectamente las curvas de aquel cuerpo–. Sé muy bien lo que sentía por ti, Ali.

–Entonces, ¿por qué no firmamos una tregua… por los viejos tiempos?

De repente, pensó que era muy agradable estar tan cerca de él. Recordó

sus labios. ¿Y si lo besara una vez más?

Dio un pasó al frente y se acercó más. ¿Qué mal podía hacer un beso? Solo uno… Tal vez aquello la convenciera de que la pasión que habían compartido había muerto definitivamente.

–¿Luke? –dijo con voz ronca.

Percibió su duda, así que se mojó los labios con la punta de la lengua y, entonces, pillándola completamente por sorpresa, Luke inclinó la cabeza y la besó. Alison sintió una bocanada de triunfo cuando sus labios se encontraron, pero pronto el deseo se apoderó de ella y su cuerpo se fundió con el de él.

El deseo fluyó por sus venas y la hizo tambalearse. ¡Eso por pensar que un beso no era nada, que había superado su enamoramiento! Era justo todo lo contrario.

–Ha estado bien para recordar esos viejos tiempos de los que hablabas –apuntó él.

Alison no sabía si lo decía en serio o en plan sarcástico.

–Sí, supongo que sí –contestó apartándose de él–, pero no tendría que haber sucedido –añadió con voz temblorosa.

–Eres una buena actriz, Alison.

–¿Cómo?

–Querías que te besara. Me invitaste con los ojos… y no pude negarme.

–¡De eso nada! –mintió intentando parecer orgullosa.

Por el brillo de sus ojos, comprendió que no iba a conseguir engañarlo.

Se enfadó consigo misma por ser tan transparente. Sí, era cierto, había querido que la besara, pero no así. No pensaba que aquellos sentimientos, que creía muertos y enterrados desde hacía años fueran a resucitar con tanta fuerza. Seguía excitándola, seguía siendo mágico. Aquello le dio miedo.

–Solo quiero que pactemos una tregua.

–¿Estás segura o estás jugando conmigo?

–No estoy jugando –contestó Alison intentando concentrarse en lo que estaba en juego y no en la intensidad del beso–. Estoy dispuesta a fumar la pipa de la paz… Si cooperas.

Luke sonrió y la miró en silencio.

–Quieres mucho a tu familia, ¿verdad, Alison? –dijo girándose y siguiendo andando–. ¿Qué es eso? –preguntó señalando una zona que estaba vallada.

Alison lo siguió exasperada. Quería una contestación, no continuar hablando de negocios ni enseñarle el hotel.

–El huerto –contestó–. Intentamos ser autosuficientes y tener siempre productos frescos –añadió mirándolo de frente–. ¿Qué me dices de la tregua?

–Me lo pensaré –contestó avanzando por la pradera con paso tan rápido que Alison casi tuvo que correr para alcanzarlo.

Quería preguntarle cuánto tiempo iba a tardar en pensárselo, pero, al ver su expresión, supo que no era buena idea seguir con el tema. Lo conocía lo suficiente como para saber cuándo parar.

Entraron en el huerto y Luke observó las verduras y las frutas.

–¿Cuántos jardineros tenéis?

¿Qué más daba? ¿Qué tenía que ver aquello con lo realmente importante?

–Uno a tiempo completo y dos a tiempo parcial –contestó apretando los dientes.

A Luke le encantó percibir su tono impaciente. Obviamente, se moría por oírle decir que había tregua.

Pensó en su mirada y en el beso que acababan de compartir… El problema era que, aunque sabía que era todo fingido, que estaba intentando ablandarlo sirviéndose de sus dotes femeninas, no era inmune a ella. Alison siempre le había gustado. Años atrás, cuando se la encontró en aquella fiesta en Londres, se había dado cuenta enseguida de que sería un obstáculo para su espíritu independiente y libre, pero, ¿había escuchado a su instinto? No.

Se paró y observó el hotel desde allí. La verdad era que el edificio victoriano tenía posibilidades. Por el rabillo del ojo, vio que Alison se había sentado en un banco del jardín a esperarlo. Intentó ignorar el detalle de que, al cruzar las piernas, la falda se le había subido un poco más de lo estrictamente decente.

Sabía que quería llevarlo a hablar de lo que a ella le interesaba, pero la verdad era que estaba impresionante con aquel traje de chaqueta. No habría hecho falta que se hubiera arreglado. Aunque se hubiera puesto un saco de patatas, habría estado fantástica. Dejó de mirarla e intentó concentrarse en el negocio.

El Cliff House estaba en un sitio ideal y tenía estilo. Había sido remodelado con gusto y tacto. No era una inversión tan clara como otros negocios que tenía, pero lo movían otros motivos aparte del dinero.

Había pensado mucho en Alison en Estados Unidos. Incluso había vuelto una vez para ver qué tal estaba. Al verla por la calle con Todd y un cochecito de niño, había creído lo que no era, había vuelto a Nueva York y, poco después, se había casado con Bianca.

Si no hubiera sido porque se había encontrado con Garth en el club de golf unos días después del entierro de su padre, tal vez, se habría ido sin verla.

Estaban sentados cada uno en un extremo de la barra.

–¿Qué tal está tu hermana? –le había preguntado Luke al cabo de diez minutos en silencio aunque la pregunta le quemaba en la boca desde que lo había visto entrar.

Para su asombro, Garth se había levantado y se había ido a sentar junto a él. Así, habían conversado amigablemente durante dos horas y le había dicho que era padre. Ante la noticia, se había enfadado y, más, cuando Alison había intentando negarlo.

Sin embargo, ya no estaba furioso. A pesar de que quería hacerse la dura, estaba claro que estaba sufriendo. Sintió que todas aquellas palabras que le había dicho la noche anterior habían sido absurdas. Quería acercarse a ella y decirle que siempre se había preocupado por ella, que todo iba a ir bien, que él se iba a encargar del negocio, pero sabía que no aceptaría su ayuda directamente porque, al fin y al cabo, era toda una

Trevelyan, cabezota, orgullosa y enervante.

–Has hecho un buen trabajo en estos dos años y medio –murmuró.

–Sí, gracias al banco –contestó ella distraídamente.

–¿De ahí vienen los problemas?

Alison dudó. ¿Hasta dónde debía contarle? Bueno, Garth le iba a enseñar la contabilidad así, tarde o temprano, lo iba a ver con sus propios ojos.

–Hemos hecho demasiadas cosas en poco tiempo –admitió–, pero ha sido porque nos lo podíamos permitir. Lo llevábamos todo controlado, pero, de pronto, llego la crisis de la fiebre aftosa… Nos ha hecho mucho daño.

–Entonces, ha sido por mala suerte, no por una mala gestión.

–¿Quién ha dicho que haya sido por una mala gestión? –dijo Alison mirándolo a la defensiva–. La dirección del hotel ha sido perfecta.

–Con lo perfeccionista que eres, estoy seguro de ello –sonrió Luke.

–Sí, bueno… –dijo ella encogiéndose de hombros–. Pero no me siento mejor, ¿sabes? De este hotel depende la vida de mis hermanos… y la mía. La contabilidad la llevo yo y debería haber tenido más cuidado –añadió mirándolo–. Es irónico, ¿verdad? Ya no nos dedicamos al campo, pero la fiebre aftosa sigue afectándonos.

–Así es la vida, Alison. ¿Te gusta dirigir el hotel?

Aquella pregunta tan personal la pilló por sorpresa.

–¿Teniendo en cuenta que, al principio, no estaba muy convencida? –sonrió.

–Recuerdo que no querías vender tu casa.

–No, no quería –reconoció–, pero, sí, me gusto ocuparme del hotel. Tengo la impresión de que estoy construyendo algo para el futuro.

Luke anduvo hacia ella.

–Garth me dijo que no habría conseguido ponerlo en marcha sin ti.

–¿De verdad? Bueno, todos hemos trabajado mucho… Lo único que me preocupa es no poderle dedicar más tiempo a Nathan. A veces, resulta difícil ser una madre trabajadora. Hay días en los que me gustaría poder estar en dos sitios a la vez –confesó. De repente, se dio cuenta de que no debería habérselo dicho. Si Luke pidiera la custodia del niño, podría utilizarlo en su contra–. Claro que tengo mucha ayuda. Jane es la mejor niñera del mundo y en casa todo va muy bien.

–Sí… bien, Alison, me hago cargo –dijo Luke–. No te esfuerces.

–Quiero que entiendas que Nathan es un niño querido y cuidado. Aunque tuviera más tiempo y dinero, no estaría mejor. Eso que dijiste anoche de que no me ocupaba de él lo suficiente porque estaba por ahí jugando a los hoteles, no es cierto.

–Claro que no. No debí decirlo. Perdón.

Alison se quedó estupefacta.

–Estaba enfadado… supongo que también sorprendido por haberme enterado hace poco de que tengo un hijo. Estoy empezando a asimilarlo –sonrió.

Alison sintió una gran emoción.

–Es… comprensible.

Luke se sentó junto a ella en el banco.

–Supongo que tú también te quedarías sin habla cuando te enteraste de que estabas embarazada.

–Sin habla es decir poco –sonrió con tristeza–. Tuve mucho miedo, Luke. Enterarte de que vas a ser madre es difícil de asimilar.

–Ya me he dado cuenta. Empecé a comprenderlo anoche, cuando lo vi en su cuna.

Alison lo miró y sonrió.

–Sí, ya me di cuenta.

Lo miró y deseó poder acariciarle la cara. Para no hacerlo, tuvo que apartarse con impaciencia.

Al levantarse, se enganchó la media.

–¡Maldita sea! –exclamó.

Luke miró el daño y pensó en qué bonitas piernas tenía, pero se dio cuenta de que no era el momento de fijarse en ellas.

–¿Seguimos? –sugirió levantándose también–. Me gustaría ver las cocinas y, luego, iré a buscar a Nathan.

–¿No es un poco pronto? –preguntó Alison nerviosa–. Le he dicho a Jane que iríamos después de comer y puede que Garth me necesite porque las reservas de la boda las he hecho yo y…

–Seguro que, por una vez, Garth podrá con todo sin ti –dijo Luke–. De todas formas, si prefieres quedarte, puedo ir yo solo a ver a Nathan. Como está Jane…

–No, está bien… Iré contigo –lo interrumpió.

–Muy bien –dijo comenzando a andar.

Alison hizo una mueca de burla a sus espaldas. Aquel hombre la sacaba de quicio, de verdad. Aunque, durante unos segundos, mientras habían estado hablando en el banco, le había parecido ver al Luke amable y tierno que creyó conocer una vez. «Aquel hombre jamás existió», se dijo furiosa.

–¿Dónde tenías pensado llevar a Nathan esta tarde? –le preguntó corriendo tras él.

–A casa, Alison –contestó dándose la vuelta y mirándola tranquilamente a los ojos–. A casa de los Davenport, donde debe estar.

Alison abrió la boca para decirle que Nathan ya tenía un hogar, pero la volvió a cerrar. Iba a tener que ser muy cuidadosa con aquel asunto.

–¿Quieres que lo lleve yo? Al fin y al cabo, mi coche está más adaptado a un niño que el tuyo –añadió dejándole claro que su deportivo era perfecto para la vida de casado, pero no para la de padre.

–Ya me las arreglaré, gracias –contestó él–. Ya sé que voy a tener que cambiar unas cuantas cosas de mi vida para hacerle un hueco a Nathan.

¿Unas cuantas cosas? No se debía de haber dado cuenta de los cambios tan drásticos que suponía tener un hijo.

Alison decidió de repente que, tal vez, le vendría bien todo aquello.

Capítulo 5

No te puedes quedar un rato, Luke? –preguntó Garth–. Me gustaría enseñarte los libros de contabilidad…

–No. Si no te importa, prefiero mirarlos en casa y luego hablamos –contestó Luke dándole una palmada en el hombro–. Gracias por enseñarme el hotel. No te preocupes, no tardaré en daros una contestación.

–De acuerdo. Por cierto, mi hermano Michael da una fiesta el domingo aquí porque se casa. Va a estar muy bien, va a venir mucha gente. Si te quieres pasar…

Alison miró a su hermano enfadada, pero Garth no hizo ni caso.

–El domingo –dijo Luke pensativo–. Sí, muy bien. Aquí estaré, gracias.

–¡Estupendo! –sonrió Garth–. Hasta entonces.

Luke miró a Alison y vio que tenía el ceño fruncido. Aquello lo hizo sonreír.

–Nos vemos luego en tu casa, Ali.

–Bien –contestó ella.

Luke se fue y Ali se quedó un rato con su hermano.

–¿Por qué demonios lo has invitado a la fiesta de Michael?

–Por educación.

–No te dejes engañar, Garth. Luke puede resultar encantador cuando le conviene –le dijo mirando nerviosa en dirección a la puerta de salida–. Me tengo que ir. Quiero estar en casa cuando llegue. Luego te llamo.

–De acuerdo… Por cierto, te ha llamado Todd y le he dicho que luego lo llamaría. Parece que está un poco preocupado porque le han dicho que Luke ha vuelto a tu vida.

–No ha vuelto a mi vida –dijo ella con el ceño fruncido.

–Bueno, en cierta manera, sí… Luke es parte de la vida de Nathan y, por lo tanto, también de la tuya. Vas a tener que aceptarlo.

–Me tengo que ir. Ya llamaré a Todd más tarde.

Cuando Alison salió del hotel, el coche de Luke ya se alejaba por la avenida.

Con manos temblorosas, abrió la puerta del suyo, se puso al volante y lo siguió.

«Luke es parte de la vida de Nathan y, por lo tanto, también de la tuya. Vas a tener que aceptarlo». Las palabras de su hermano se repetían en su cabeza. Garth tenía razón.

Debía aceptar que las cosas no iban a volver a ser igual. Que Luke viera a Nathan en pocos minutos era el primer paso. ¿Dónde acabaría todo aquello?

Luke estaba acostumbrado a tener todo lo que quería, creía que el

dinero y el poder lo compraban todo, pero Alison estaba decidida a que no fuera así con su hijo.

Su casita de muros blancos con su pequeño jardín florido apareció a la vista. Siempre le había parecido un buen hogar para Nathan y para ella, pero, de repente, temió que un juez creyera que el niño estaría mejor en la propiedad de los Davenport. Se apresuró a quitarse aquel pensamiento de la cabeza. El dinero no lo era todo para criar a un niño. Lo más importante era que tuviera amor, compromiso y seguridad.

Sin embargo, Luke tenía razón: haberle escondido su paternidad podía jugar en su contra en un juicio.

Se alegró de ver que la estaba esperando junto al coche.

–¿Por qué has tardado tanto?

–He venido todo lo rápidamente que he podido –contestó ella–. No sé por qué tantas prisas –murmuró–. Garth quería hablar contigo. Podías haber tenido la delicadeza de haberte tomado un café con él.

–Me parece que ya he esperado bastante para conocer a mi hijo, ¿no?

–Lo viste anoche –protestó Alison.

–Sí, pero estaba dormido. Quiero conocerlo despierto. Estoy seguro de que lo entiendes.

Sí, lo entendía. Se preguntó cómo se sentiría si la situación fuera al revés, si fuera ella la que no hubiera visto durante dos años a Nathan. La respuesta era fácil. Engañada, enfadada y muy nerviosa.

«Pero Luke me dejó», se recordó mientras abría la puerta de casa. Efectivamente, la había humillado y se había ido sin darle opción, así que había tenido que seguir adelante sola como había podido.

Estaba tan cerca de ella, que olía su colonia. De repente, se sintió transportada tres años atrás, a aquella primavera en la que su amor había sido tan nuevo y tan maravilloso.

Recordó el cielo azul y los besos de Luke. Si la hubiera querido, como ella a él, todo aquello podría haber sido tan diferente…

–¿Estás bien? –preguntó él amablemente al ver que le temblaban las manos al meter la llave en la cerradura.

Alison se giró y se perdió en el azul de sus ojos. No puedo evitar recordar el beso que se habían dado ni mirarle la boca.

–Sí… Sí, sí, claro que estoy bien –mintió.

Abrió la puerta y se dio cuenta de que una de las cosas que más temía de ver al padre y al hijo juntos era ver cómo podía haber sido…

Lo primero que oyeron fue la risa de Nathan y, a continuación, las ruedas de su triciclo rojo en el que apareció pedaleando por el pasillo, encantado.

Al ver a su madre, se le iluminó la cara.

–Hola, cariño –lo saludó Alison.

El niño se bajó del triciclo y fue gateando hacia ella con una sonrisa tan grande que Alison se emocionó. Lo tomó en brazos y lo abrazó con fuerza.

Se giró y miró a Luke. Nathan también lo miró.

–Hola, pequeño, ¿qué tal?

El niño escondió la carita en el cuello de su madre.

–No le gustan mucho los desconocidos –dijo Alison sin pensar.

De repente, se preguntó si aquel comentario le habría dolido. No había sido su intención. Ojalá no lo hubiera dicho. Se hizo un silencio doloroso y fue un alivio que apareciera Jane.

–Hola, Alison. ¡Qué pronto has vuelto! Madre mía, Luke Davenport, ¿eres tú?

–Sí –sonrió Luke.

Alison no estaba escuchando su conversación. Era obvio que Jane iba a conocer a Luke porque había vivido allí toda la vida.

Nathan quiso bajar al suelo y Alison lo bajó. El niño se volvió a montar en el triciclo y se puso a pedalear a toda velocidad en dirección al salón.

Luke sonrió.

–Vaya, vaya, está hecho un piloto de fórmula uno.

–Es un niño adorable –apuntó Jane.

–Sí… –dijo Luke con orgullo siguiendo al niño.

–Nathan se acaba de ganar otro adepto –le dijo la niñera a Alison.

–Sí –dijo Alison sin prestarle mucha atención porque estaba completamente absorta observando cómo Luke estudiaba a su hijo.

–No ha comido. Estaba a punto de prepararle algo –apuntó Jane.

–Ya lo hago yo. Anda, vete y disfruta de tu día libre.

–Es lo que pienso hacer –rio Jane quitándose el delantal–. Por cierto, Todd llamó esta mañana a los cinco minutos de que te hubieras ido –añadió agarrando el bolso y el abrigo–. Ha vuelto a llamar hace un rato. Garth le ha dicho que tenías el día libre y quería preguntarte si podías cenar con él.

Al oír aquello, Luke se giró y la miró burlón.

–Ya lo llamaré luego. Gracias, Jane –contestó Alison avergonzada.

Jane asintió, se despidió y se fue.

–Me han dicho que seguías viendo a Todd –comentó Luke–. ¿Cómo se lleva con Nathan?

–Bien –contestó Alison.

–Bien –repitió Luke mirándola a los ojos.

Nathan los distrajo porque el triciclo se le había quedado atrancado entre la mesa y la silla y no podía pasar.

–Eh, como no aprendas a conducir un poco mejor, no te vas a poder sacar el carné –bromeó Luke sonriente mientras lo ayudaba.

No volvió a hablar de Todd y Alison se lo agradeció.

Se sentó en una butaca y los observó. Qué raro se le hacía verlos juntos. Tenían exactamente los mismos ojos, el mismo pelo, el mismo carácter decidido y la misma sonrisa arrebatadora. El niño sonreía su padre encantado porque Luke lo estaba empujando alrededor de la mesa imitando el sonido de un motor y un claxon al encontrarse y esquivar los pies de Alison.

–Muy graciosos –sonrió ella quitándose justo a tiempo.

A Nathan le encantó.

–¡Otra vez! –exclamó.

Alison sonrió al ver a Luke repetir toda la secuencia con infinita paciencia.

–A este paso, vais a dejarme coja –bromeó al cabo de unas cuantas

repeticiones más–. Y tú vas a acabar con dolor de espalda.

Luke se rio.

–Sí, pero ya me preocuparé de eso mañana.

En ese momento, sonó el teléfono y Alison contestó de mala gana.

–Hola, soy yo –dijo Todd–. Llevo toda la mañana intentando localizarte. ¿Qué le pasa a tu móvil?

–Estará apagado. Lo siento, Todd, pero he estado muy ocupada.

–Sí, ya me he enterado. ¿Por qué no me habías dicho que Luke se había puesto en contacto contigo?

–Porque fue ayer –contestó dándole la espalda al aludido–. ¿Te importa que te llame luego?

–¿Está ahí?

–Sí, ya te contaré –contestó bajando el tono.

–¿Cenas conmigo?

–Hoy, no, pero…

–¿Has quedado con él esta noche?

–Mira, Todd, ahora no puedo hablar. Luego te llamo –le dijo colgando.

–¿Algún problema? –preguntó Luke.

–No.

Luke se puso en pie y Nathan siguió jugando solo.

–A Todd no le hace mucha gracia que esté aquí, ¿no?

Alison se puso roja.

–Bueno, supongo que tendrá sus razones –dijo mirándola a los ojos–. Supongo que en estos dos años y medio habrá pasado a ser una persona muy importante en tu vida y en la de Nathan.

–Sí… Es un buen hombre –le dijo sin saber por qué.

–¿Y por qué no te has casado con él?

–¡Eso no es asunto tuyo! –exclamó incómoda.

–¿No te lo ha pedido? –sonrió Luke.

–No he dicho eso.

–Entonces, ¿te lo ha pedido?

–Ya te he dicho que no es asunto tuyo –contestó roja como un tomate.

–A mí me parece que sí –dijo Luke con frialdad–. Al fin y al cabo, todo lo que hagas afecta a mi hijo.

A Alison no le dio tiempo a decir nada más porque Luke cambió de tema bruscamente.

–Había pensado comer en mi casa para que Nathan conozca su verdadero hogar. Ya hablaremos de todo esto más tarde.

Alison le iba a decir que no había nada de lo que hablar y que Nathan ya tenía un hogar, pero algo en la mirada de Luke le dijo que no era el momento indicado, así que se limitó a encogerse de hombros.

–Muy bien, me voy a cambiar.

–Por mí, no lo hagas –sonrió él–. A mí, me gusta el traje que llevas.

–Ya, pero tengo una carrera en las medias –dijo ella yendo hacia la puerta.

Mientras entraba en su dormitorio, pensó que Luke se había dado cuenta de que se había puesto una minifalda por él. No había quien lo engañara. Iba a tener que ser un poco más cuidadosa si quería presentarse ante él

con un halo de misterio.

¿Pero en qué estaba pensando? ¡Lo que tenía que hacer era quitárselo de encima!

Abrió el armario y se dio cuenta de que no iba a ser fácil. Además, tampoco quería…

Oyó la risa de Nathan. La verdad era que había disfrutado mucho viéndolos juntos. Se recriminó su ingenuidad. Era muy fácil ser paciente y divertido con un niño que está de buen humor. Lo malo era cuando se ponían pesados y estaban cansados y, en vez de cinco minutos la cosa duraba horas… Era entonces cuando se veía a quién se le daban bien los niños.

Seguro que, entonces, Luke no iba a querer saber nada. «Es imposible que esté dispuesto a hacer semejante sacrificio», se dijo con decisión.

Se soltó el pelo y se lo cepilló, se puso unos vaqueros desgastados y un jersey de angora blanco. Se miró en el espejo y vio que estaba pálida y tenía ojeras. Claro, no había dormido bien por los nervios. Se pintó los labios y se puso colorete, pero no mejoró demasiado.

«¿Qué más da?», se dijo. Lo importante era hacerle comprender a Luke que Nathan no era un juguete con el que se podía jugar un rato.

Al bajar, se encontró a su hijo sentado en las rodillas de su padre como si lo conociera de toda la vida.

–¿Estás lista? –preguntó Luke mirándola de un modo que la hizo enrojecer–. Me recuerdas a alguien.

–¿Ah, sí? ¿A quién? –preguntó sin poder contenerse.

–A una chica que conocí en una fiesta en Londres.

Alison comprendió que se refería a la noche en la que habían empezado a salir.

–Siempre estuviste muy guapa con el pelo suelto –sonrió él.

–No tenemos tiempo para que digas bobadas –comentó ella intentando parecer indiferente–. Voy a agarrar unas cuantas cosas de Nathan y nos vamos.

Luke lo había dicho en serio. Alison tenía un pelo muy bonito… Un pelo y otras cosas. Recordó su cuerpo de piel cremosa mientras hacían el amor. La miró intensamente. Siempre había sido delgada, pero ahora tenía unas curvas provocadoras. Se sorprendió deseando desnudarla y explorar su cuerpo.

Le costó un gran esfuerzo, pero dejó de mirarle el trasero.

–¿Qué haces?

–Agarrar las cosas de Nathan… –repitió Alison rebuscando en un armario–. Por aquí tenía una sillita de coche de sobra… ¡Ah, aquí está! –exclamó dejándola en el vestíbulo junto a una trona y una silla de paseo.

–¿Necesitas todo esto para cinco minutos de coche?

–Sí –le aseguró Alison–. Mete todo eso en tu coche, yo tengo que buscar unas cuantas cosas más –le indicó entrando en la cocina–. Por cierto, Luke, la silla la tienes que poner en el asiento de delante. Lo siento mucho si estropea la línea de tu deportivo.

Luke sonrió a Nathan.

–Parece que mamá tiene una misión que cumplir –le dijo–. Anda, ve por

tu triciclo –le dijo dándole un beso antes de dejarlo en el suelo.

El niño obedeció y se fue gateando al salón.

Cuando Alison acabó de meter la comida de Nathan en una bolsa, se encontró al niño de puntillas mirando por una ventana a Luke, que estaba metiendo lo demás en su coche. Al intentar llevárselo con ella para vigilarlo, se puso a llorar y a señalar la puerta.

–No pasa nada, cariño –le dijo–. Venga, Nathan, sabes que no puedes salir…

En ese momento, apareció Luke y lo tomó en brazos.

–¿Algo más?

–No, solo esto –contestó Alison pasándole la bolsa de la comida.

¿Qué había sido del bebé tímido que no se iba con desconocidos? ¿Cómo era que le había tomado tanto aprecio en tan poco tiempo? ¡Pero si no se comportaba así ni con Todd, al que conocía desde que había nacido!

–Voy a ir poniendo a Nathan en su silla. Te esperamos fuera.

Alison se quedó mirando alucinada mientras salían de la casa tan contentos, padre e hijo. Nathan dejó que lo montaran en un coche que no había visto nunca y se dejó colocar en la silla sin abrir la boca cuando nunca le había gustado y siempre había protestado llegado ese momento.

Subió las escaleras para agarrar su bolsa. ¡Cría cuervos y te sacarán los ojos!

El trayecto a casa de Luke fue muy corto. Había más distancia desde las impresionantes verjas de entrada hasta la casa que la que habían recorrido hasta llegar allí.

Alison iba encogida en el asiento trasero.

Luke la miraba de vez en cuando por el espejo retrovisor. Tenía un aire distante. ¿En qué estaría pensando? ¿En Todd?

Cuando pensaba en Todd Johnson, Luke se ponía furioso. Recordaba la última vez que se habían visto. Le habían dicho que Alison iba a invertir en el hotel y se iba a comprar la casa de pescadores porque estaba con Todd. No lo había creído hasta que los había visto salir juntos del restaurante, riéndose felices.

Se había puesto furioso entonces y seguía haciéndolo en aquellos momentos, dos años y medio después. El hecho de que Todd ocupara un lugar en su vida, que pudiera decidir sobre ciertas cosas no hacía sino empeorar la situación.

Volvió a mirar por el retrovisor y se encontró con los ojos de Alison.

–Se me hace raro. Es la primera vez que voy a entrar en tu casa –comentó.

–Ya sabes que ha sido por la enemistad de nuestras familias.

–Sí.

Al ver el imponente edificio ante sí, se quedó sin habla. Sabía que iba a ser una casa tan grande, pero, ¿tanto? Tenía dos torres, una a cada lado, que le conferían un aire de castillo.

–¿Qué diría mi padre? –se preguntó Alison en voz alta.

–Si hubiera tenido sentido común, que ya era hora –contestó Luke aparcando y girándose para mirarla–. Tendríamos que haber venido aquel fin de semana cuando salíamos juntos. Nunca pude entender el odio que

había entre nuestras familias.

–Yo tampoco –admitió ella.

–Entonces, ¿por qué dejamos que nos influyera?

Alison sintió que el corazón le daba un vuelco.

–No lo sé. Supongo que nos dejamos llevar…

Sintió un gran alivio cuando Luke volvió a darse la vuelta y salió del coche. Le tendió la mano para ayudarla a salir. Alison intentó no aceptarla, pero no tuvo más remedio porque salir de la parte trasera de aquel coche no era tarea fácil. Cuando sus manos se tocaron, Alison sintió que se le disparaba la adrenalina. Intentó apartar la mano, pero él no la dejó.

–No sabes cuánto me alegro de que estés aquí, Ali –le dijo amablemente.

Capítulo 6

Alison se levantó de la silla corriendo al ver que Nathan había estado a punto de golpear un jarrón Ming. Lo tomó y lo dejó en la repisa de la chimenea.

–Ten cuidado, Nathan –le dijo con cariño.

Pero el niño no hizo ni caso. Estaba demasiado ocupado corriendo por el salón.

Alison se volvió a sentar y miró el reloj. Normalmente, el niño se solía echar la siesta, pero no parecía cansado.

Habían disfrutado de una comida muy agradable servida por la señora Jordan, el ama de llaves de Luke, en la que, sorprendentemente, no se habían producido silencios incómodos.

Más bien, todo lo contrario. Varias veces se habían mirado a los ojos y se habían dicho lo maravilloso que era Nathan, que estaba sentado en medio en su trona.

Después de comer, habían tomado café en el cuarto de estar y, entonces, Luke había tenido que salir para atender el teléfono. Llevaba media hora hablando. ¿Quién sería?

Recordó cómo la había agarrado de la mano y cómo la había mirado al salir del coche. ¿Le había dicho en serio que se alegraba de que estuviera allí o solo la estaba confundiendo de nuevo?

–Perdón –dijo Luke abriendo la puerta–. Me llamaban de Nueva York.

–No pasa nada –contestó ella.

Luke se había quitado la chaqueta y se había desabrochado el cuello de la camisa. Alison deseó no sentirse atraída por él, pero no podía hacer nada.

–¿Qué vas a hacer con tu trabajo en Estados Unidos?

–Voy a trabajar desde aquí por un tiempo –contestó sentándose frente a ella.

–¿No será por Nathan?

–En parte, sí… No podría ser un buen padre desde Nueva York, ¿no? El proyecto que tenía entre manos está más o menos terminado y lo que queda lo puedo hacer desde aquí. Bianca está en Londres, así que nos reuniremos para terminar todo.

Aquel nombre bastó para ponerla en guardia.

–¿Sigues trabajando con ella?

–Solo un par de meses más, para terminar el proyecto. Luego, volverá a Nueva York.

–Debe de ser difícil trabajar con alguien con quien has estado casado.

–La verdad es que ha resultado sorprendentemente fácil. Nos divorciamos civilizadamente y somos buenos amigos.

–Ah.
Sí, todo parecía muy civilizado. ¿De verdad podía Luke ser solo amigo de una mujer tan guapa?
Quería saber qué había pasado entre ellos, quién había pedido el divorcio, pero no quería que pareciera que le interesaba.
–¿Así que, desde ahora, vas a trabajar desde Londres?
–Algunas semanas las voy a tener que pasar allí, sí, pero estoy arreglando las cosas para poder trabajar desde aquí también.
En ese momento, Nathan se dio contra una mesa.
–¡Nathan, ten un poco de cuidado! –lo regañó Alison–. Deberíamos haber dejado el triciclo en casa.
–¿Por qué? –dijo Luke–. Se lo está pasando en grande.
–Porque es un peligro, Luke. En casa no importa porque he quitado todo lo de valor, pero aquí…
–No pasa nada –la tranquilizó él–. Está en su casa. Porque rompa unas cuantas cosas, no pasa nada.
«Tendría que haber dejado el jarrón en su sitio», pensó Alison. Al fin y al cabo, ¿por qué lo había puesto en otro sitio? Así, Luke, se habría enterado de lo que era un niño de verdad.
–Vas a vender esta casa, supongo –comentó.
–¿Por qué? –preguntó él sorprendido.
–Porque, si mal no recuerdo, una vez me dijiste que no hay que mirar hacia atrás sino hacia delante. Te dije que a mí me gustaba mi casa y me contestaste que no debía ser tan sentimental.
–Y sigo diciéndolo. Una casa no es más que ladrillos. Las personas son más importantes.
–¿De verdad? Creí que el lema de los Davenport era que la tierra es lo más importante y que hay que conseguirla como sea, sin tener en cuenta a quién se haga sufrir por ello.
Se hizo un incómodo silencio.
–¿No crees que ya va siendo hora de que nos olvidemos de todo eso? –dijo él con amabilidad–. Esta mañana has hablado de una tregua y creo que tienes razón. Tenemos que olvidar ciertas cosas e intentar llevarnos bien por el bien de Nathan.
–Sí… –asintió ella.
–¿Estamos de acuerdo, entonces? ¿Bandera blanca? –sonrió él.
Alison también sonrió.
–Sí.
–Bien –dijo Luke mirándola con aprobación–. Ahora que nos llevamos bien, ¿qué pasa con el apellido de Nathan?
–¿Qué pasa? Se llama Trevelyan, como yo –contestó confundida.
–Lo podemos cambiar… –sugirió con firmeza–. Ven, te quiero enseñar una cosa –añadió tomando al niño en brazos.
Alison lo siguió por el pasillo.
Bajo la elegante escalera, había una colección de retratos.
–Mira, estos son tus tatarabuelos –le dijo Luke a su hijo.
–Ya entiendo –dijo Alison–. Sé que tu familia lleva aquí muchas generaciones y que Nathan es parte de esa familia, pero tú te has

empezado a interesar por tu hacienda hace bien poco. De hecho, no te ocupas personalmente de la propiedad. Tienes un capataz que se encarga de ello.

–Sí, y Nathan tendrá la misma posibilidad el día de mañana –le contestó–. Será una decisión personal, como la mía, pero, decida lo que decida, tiene que saber que está fuertemente ligado a esta tierra a través de mi apellido.

Alison se fijó en que el niño acababa de cerrar los ojos y le había puesto los bracitos a Luke alrededor del cuello. No importaba el vínculo de un apellido sino aquel. Aquel era el verdadero.

–Me lo pensaré –dijo.

–Gracias.

–No me las des porque, todavía, no he tomado una decisión. No sé si me hace mucha gracia que mi hijo no lleve mi apellido.

–Hoy en día, es muy normal. Uno se divorcia y se vuelve a casar… ¿Y si te casas? No me haría ninguna gracia que el niño llevara el apellido de tu marido.

–¡Pero cómo me voy a casar si nadie me lo ha pedido!

–¿Así que Todd no te lo ha pedido?

–Eso ya me lo has preguntado.

–Sí, pero no me has contestado.

–Porque no es asunto tuyo –insistió decidida a no confesar que Todd no era más que un amigo–. Por cierto, a mí tampoco me haría mucha gracia que mi hijo anduviera por ahí con otra mujer… Mira, todo esto es nuevo para los dos, así que vamos a intentar ir con calma, ¿de acuerdo? –añadió mirando a su hijo, que estaba profundamente dormido–. Tenemos claro que los dos queremos lo mejor para Nathan y eso es lo que importa.

Luke miró al niño y sonrió al verlo dormido. Con cuidado, lo dejó en el cochecito y Alison le ató las correas de seguridad para que no se cayera.

Luke, que estaba arrodillado junto al coche, la miró con atención. Estaba concentrada en lo que hacía. Sintió ganas de apartarle un mechón de pelo de la cara. El deseo se apoderó de él. Por mucho que intentaba luchar contra él, era imposible. Se había dicho que tenía que ir con precaución, pero, desde que la había vuelto a ver, los sentimientos del pasado se habían desatado. Aquella mujer era todo sensualidad, pero ahora las cosas habían cambiado.

–Me voy a ir –murmuró Alison girando la cabeza al ver que la estaba mirando.

Estaban a muy pocos centímetros de distancia.

–¿Por qué? Quédate un rato.

–¿Para qué? He venido para que vieras a Nathan, pero se ha dormido. Me voy a ir dando un paseo.

Quería huir de allí cuanto antes. Más bien, quería huir de sí misma. Deseaba tanto que la besara. Aquello era una locura. Claro que la besaría. No tenía más que darle pie. Y, si ella quisiera, también se acostarían, pero eso no querría decir nada. Luke era un depredador.

–Anda, quédate a charlar conmigo un rato sobre mi tema preferido.

–¿Cuál es?

–Nathan, por supuesto.
Alison sonrió.
–Venga –dijo él poniéndole una mano en la espalda.
Antes de poder rechistar, estaba sentada en el salón de nuevo con una copa de vino.
Luke se sentó a su lado.
–Tienes razón… vamos a tener que ir poco a poco. Desgraciadamente, nunca he tenido mucha paciencia –comentó.
–Pues vas a necesitar un montón con un niño de dos años.
–¿Cuándo es su cumpleaños?
–Dentro de tres semanas, el cinco de mayo –contestó más relajada.
–¿Tienes planeado celebrarlo?
Alison sonrió.
–Le iba a hacer una tarta… Es un poco joven para salir por ahí de copas, ¿sabes?
Luke se rio, lo que la hizo relajarse un poco más.
–¿Por qué no vienes y le ayudas a soplar las velas?
–Gracias, claro que iré –contestó mirándola a los ojos y sonriendo–. ¿Me haces un favor?
Alison dio un trago al vino y lo miró.
–¿Te importaría enseñarme fotos de Nathan?
Alison sintió un profundo dolor en las entrañas. «Dios mío, ¿qué he hecho?», se preguntó. « Le he robado dos años de la vida de su hijo», se recriminó.
–¿Ali?
–Sí, sí, claro, te buscaré fotos… De hecho, creo que llevo un par en la cartera –contestó rebuscando en el bolso–. Mira.
Luke se acercó un poco más.
–Esa la hizo Garth. Solo tenía dos horas.
Luke sonrió mirando la primera fotografía.
–Es guapo, ¿verdad?
–Bueno, a mí me lo parece, pero comprendo que no soy objetiva –sonrió Alison.
–No, es verdaderamente guapo, te lo digo yo. Se parece a ti.
–¿Tú crees? Bueno, tiene tus ojos.
Luke pasó a la siguiente foto.
–Ese es el día de su primer cumpleaños –dijo Alison mirando a su hijo embadurnado de chocolate–. Acababa de descubrir las chocolatinas.
Luke sonrió y pasó a la tercera.
–Esa es del mismo día, pero la versión limpia, sin chocolate.
–Son muy bonitas –comentó Luke volviéndolas a mirar.
–Quédatelas –dijo Alison.
–¿Sí?
–Sí, tengo más en casa.
–Gracias –sonrió dejándolas en la mesa–. Alison, ¿quieres cenar conmigo mañana?
Alison se quedó sin palabras.
–¿Para seguir hablando de Nathan?

–No, para hablar de qué pasó entre nosotros y de qué va a pasar.
Alison sintió que el corazón se le salía por la boca.
–Sabemos lo que fue mal. Teníamos una aventura y no aguantó la prueba de estar separados seis semanas.
–Los dos cometimos errores.
–Sí, así que vamos a dejarlo como está.
–Aun así, tenemos que hablar del futuro –insistió él con calma.
–Suelo vivir al día, ¿sabes?
–Bueno, entonces, ¿quieres cenar conmigo mañana, Ali?
Ali negó con la cabeza.
–¿Qué te pasa? ¿Te doy miedo?
–¡No, claro que no! –mintió.
Sí, le daba miedo. Más que él, lo fácil que le resultaba hacerle sentir cosas que no quería sentir.
–Entonces, acepta mi invitación. Han abierto un restaurante francés en Grange. Te encantaba la comida francesa, ¿no?
Alison se sorprendió de que se acordara.
–¿Qué hay de malo en cenar en territorio neutral?
Alison pensó que nada y, al fin y al cabo, era el padre de Nathan. Tenían que hablar.
Tomó aire.
–Muy bien –contestó.
Antes de poder añadir nada más, Luke se inclinó sobre ella y la besó.
–¿Y eso?
–Para sellar el trato –sonrió.

Capítulo 7

Pero cómo se le había ocurrido!

Alison salió de la ducha indignada consigo misma. ¿Cómo había accedido a cenar con él? Aquello iba a ser una pesadilla. ¿Y de qué iban a hablar cuando se les acabara el tema de Nathan?

Se secó y buscó el vestido negro. Iba a ser como cenar con el diablo. Había intentado llamar para cancelar la cena, pero nadie había contestado en su casa, lo que le había extrañado. ¿Y la señora Jordan?

Para colmo, al volver de trabajar, Jane le había dicho que Luke había estado allí, que se había hecho un sándwich y un café y había estado jugando con Nathan más de una hora.

La niñera debía de estar preguntándose qué pasaba allí porque, encima, le tocaba quedarse con el niño aquella noche. El pueblo entero debía de estar ya cotilleando. Por eso, había llamado a Todd y le había dicho que iba a salir a cenar con Luke. Quería que se enterara por ella y no por terceros.

No le había hecho mucha gracia, pero no había podido decir nada porque no eran novios.

Se secó el pelo, se maquilló un poco y se puso el vestido negro, que era elegante sin exageración.

Se miró en el espejo y recordó la primera cita con Luke, lo nerviosa que estaba. Se dio cuenta de que no era una sensación muy diferente a la que tenía en aquellos momentos. Frunció el ceño. Hacía tres años, era una ingenua y una estúpida. Ahora, era más madura y tenía claro que no se podía fiar de Luke. Además, aquello no era una cita sino una reunión de negocios casi.

Aun así, no pudo evitar recordar el último beso. ¿A qué estaba jugando Luke?

Jane llegó puntual y Luke, a los cinco minutos.

–Hola –la saludó–. Estás guapísima.

–Gracias –contestó intentando disimular su entusiasmo.

–¿Qué tal Nathan?

–Dormido. Si quieres, sube a verlo…

–No, ya lo veré a la vuelta.

¿Quería eso decir que esperaba que lo invitara a entrar después de cenar?

–No me gustaría llegar muy tarde…

–¿Tienes cosas que hacer mañana?

–Sí, me tengo que levantar pronto –contestó a la defensiva mientras alargaba el brazo para ponerse el chal de cachemir.

Luke se le adelantó y se lo puso alrededor de los hombros. El roce casual

de sus dedos hizo que saltaran todas las alarmas.

–Gracias –dijo agarrando el bolso–. Voy a despedirme de Jane.

–Que os lo paséis bien –dijo la aludida asomándose al pasillo.

–Gracias, Jane. Es nuestra intención –sonrió Luke.

–Debe de estar preguntándose qué está pasando –dijo Alison una vez fuera–. Le tendría que haber dicho que es una cena de negocios… sobre el hotel o algo…

–¿Y fastidiarle el placer de poder cotillear mañana con todo el mundo? –sonrió Luke–. No seas aguafiestas, Alison –bromeó abriéndole la puerta del coche.

Se le había olvidado los exquisitos modales de aquel hombre que sabía qué hacer exactamente para que una mujer se sintiera especial.

Mientras el coche avanzaba, Alison pensó lo raro que se le hacía salir a cenar con Luke de nuevo. Recordó sus paseos por el campo. Luke la solía llevar al campo porque sabía que echaba de menos su casa. Recordó una noche en la que tuvo que parar el coche en un arcén a la vuelta para dar rienda suelta a su pasión.

Carraspeó nerviosa y se dijo que no debía recordar ciertas cosas.

–Te he llamado antes, pero nadie ha contestado en tu casa.

–He estado fuera casi todo el día. ¿Qué querías?

–Bueno… Decirte que lo de esta noche no me parecía una buena idea.

–¿Por qué? ¿Te ha dicho Todd que no vinieras a cenar conmigo?

–¡No! –exclamó dispuesta a explicarle que Todd no tenía ningún poder sobre ella porque eran solo amigos. Sin embargo, pensó que, tal vez, estaría más a salvo si Luke creyera lo contrario.

–Pues me alegro de que no me hayas localizado porque, por el bien de Nathan, tenemos que tener una buena relación y salir a cenar es una idea estupenda.

–Si tú lo dices…

–Me podrías haber localizado en tu casa porque me pasé a ver a Nathan.

–Ya lo sé. Me lo ha dicho Jane. Si hubiera sabido que estabas allí, te habría llamado, claro. Me pregunto si Jane se habrá dado cuenta de que Nathan es hijo tuyo.

–Bueno, pronto lo va a saber todo el mundo. No pienso andar con secretos, ¿sabes? Estoy muy orgulloso de mi hijo y pienso gritar a los cuatro vientos que es mío.

Alison sintió un nudo de nervios en el estómago. Ella prefería ir más despacio, pero supuso que Luke ya se había perdido bastante de la vida de su hijo y quería recuperar el tiempo.

Al llegar al restaurante, un viejo molino reformado, aparcaron y bajaron del coche.

–Espero que se cene bien porque no he venido nunca. Me lo han recomendado, pero no he estado personalmente.

–Seguro que es muy bueno –contestó ella preguntándose si podría comer algo de lo nerviosa que estaba.

Sin embargo, una vez dentro, a la luz de las velas y con Luke hablando de Nueva York, se relajó un poco.

Cuando el camarero les sirvió el primer plato, interrumpió la historia

que le estaba contando, que era realmente interesante. Aquello le hizo recordar lo bien que solían pasárselo juntos.

–¿Y qué pasó con el chucho, entonces? –le urgió cuando el camarero se fue.

–Pues resultó que Fred no era un chucho cualquiera. Era un actor.

–¿Un actor?

–Sí, resulta que le habían ofrecido un papel en una película policíaca que se iba a rodar en Nueva York, pero tenía que adelgazar. Casualidades de la vida, era el perro del conserje de mi edificio, pero yo no lo sabía. Fred se comía lo que le daba su amo y, acto seguido, venía con cara lastimera a rascar en mi puerta para pedir comida. El conserje no entendía por qué no adelgazaba y yo no tenía ni idea de cómo se metía el perro todos los días en el edificio.

Alison se rio.

–¡Sí, y cuando todo se supo, el conserje me acusó de arruinar la carrera de su perro! Y yo le dije, «¡pero oiga, si el que me ha arruinado ha sido él a mí, que me he dejado una fortuna en pienso y carne de primera!».

Alison se rio a carcajadas.

Luke sonrió y tomó la copa de vino.

–Me encanta oírte reír, Ali –le dijo con ternura.

Alison se quedó muda. Lo miró a los ojos y sintió que el corazón le latía aceleradamente.

–¿No vas a echar de menos Estados Unidos? –le preguntó porque quería saber si iba a echar de menos a Bianca.

–Creo que aquí tengo cosas mejores –contestó con voz grave sin dejar de mirarla a los ojos.

Alison apartó la mirada y tomó también su copa de vino.

–¿Y Bianca? –preguntó como si tal cosa.

–Estamos divorciados.

–Pero seguís siendo amigos.

–Sí, nos llevamos bien… No nos deberíamos haber casado nunca. Se va a Hong Kong cuando terminemos el proyecto. Otra empresa le ha hecho una buena oferta.

–¿Por eso no funcionó vuestro matrimonio? ¿No estaba preparada para casarse?

Luke dudó.

–No fue solo culpa suya.

–¿Tú tampoco estabas preparado para casarte?

–Lo que pasó fue que no estábamos hechos el uno para el otro, pero nos dimos cuenta cuando ya era demasiado tarde.

Alison dio un trago de vino y tuvo la impresión de que Luke no quería hablar de aquello.

–Bueno, no es asunto mío –se apresuró a decir avergonzada por hacer preguntas tan personales–. Perdona, no tendría que haberte preguntado nada.

–No pasa nada. Resulta difícil hablar de ello porque la sigo queriendo mucho. Me alegro mucho de que sigamos siendo amigos.

¿Quería decir eso que seguía enamorado de ella? Se sorprendió del

dolor que le causaba aquella posibilidad.

–Bueno, ya basta de hablar de mí –dijo Luke–. Háblame de Nathan. ¿Tuviste un buen embarazo?

–Muy bueno, la verdad –contestó Alison–. Fue una suerte porque tenía que hacer un montón de cosas. El hotel, ya sabes. Había que hacer tantas cosas que no parábamos.

–No se te ocurriría subirte a una escaleras ni cosas por el estilo, ¿no? –dijo Luke horrorizado–. Te imaginó perfectamente de nueve meses pintando el techo.

Alison se rio.

–¡Qué visión tan horrible! No, cuando estaba de nueve meses, ya no hacía esas cosas. Trabajé hasta que pude. La verdad es que me gustaba estar ocupada. Así, no… –se interrumpió porque iba a decir «pensaba demasiado»–. Así, fui de ayuda a mis hermanos.

–Tendría que haber estado aquí –dijo Luke con ternura.

–¿Para ayudarnos a decorar? –bromeó.

–No, para ayudarte –contestó él muy serio.

–No necesitaba tu ayuda, Luke.

–Porque tenías a Todd, ¿verdad? –le espetó bruscamente.

–Todd siempre ha sido un buen amigo, pero nunca he buscado en él un padre para Nathan –contestó mirándolo a los ojos–. Me las he sabido arreglar muy bien sola, Luke. No he necesitado a nadie.

Luke la miró a la luz de las velas. Aunque hubiera necesitado ayuda, no lo iba a reconocer. Era demasiado orgullosa.

–¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada antes de abandonar Londres?

–Porque no lo sabía. Me enteré mucho más tarde. Estaba tan mal por la muerte de mis padres, que creí que era por la conmoción –confesó avergonzada–. Sé que suena tonto…

–Claro que no –la interrumpió Luke–. Pasaste por momentos muy duros. ¿De cuánto estabas cuando te enteraste?

–De diez semanas.

–¿Fue antes de que me fuera a Nueva York?

–No, después.

–Entiendo –dijo él permaneciendo en silencio unos segundos–. Creí que lo sabías la última vez que nos vimos.

Alison recordó aquel encuentro, el enfado de él y cómo había deseado que la abrazara y le dijera que la quería.

–Tal vez fue mejor así. Lo nuestro ya se había acabado, Luke, y tú te ibas. Querías irte a Nueva York…

–Aunque no necesitaras mi ayuda, me habría gustado estar cerca, ¿sabes? –la interrumpió poniendo su mano sobre la de Alison–. Si lo hubiera sabido, jamás me habría ido. Nunca te habría abandonado.

Ella también había deseado muchas veces tenerlo cerca. Sobre todo, la noche en la que había nacido Nathan.

Se forzó a retirar la mano. Luke nunca la había querido. Por eso, se vio dando a luz sola. No debía olvidarlo nunca.

–No necesitaba tu compasión, Luke.

–¿Quién ha hablado de compasión? Tendría que haber estado para ocuparme de ti y del niño.

Alison lo miró y se hizo el silencio. Bueno, aunque no la hubiera querido, parecía que se preocupaba por Nathan de verdad y aquello era lo importante. Que no la hubiese querido no quería decir que fuera un mal padre. Tal vez, lo había juzgado mal.

–Estuve a punto de llamarte unas cuantas veces –confesó en voz baja–, pero, de verdad, no creí que te interesara. Luego, te casaste y pensé que lo mejor era dejarlo estar –añadió mirándolo–. He estado pensando y he decidido que no te voy a poner ningún problema para que puedas estar con tu hijo. Sé que tienes mucho tiempo que recuperar y estoy dispuesta a ser razonable.

–¿Qué te parece a ti razonable?

–Que lo veas cuando quieras, pero que viva conmigo –contestó nerviosa–. ¿No te parece razonable?

–No era lo que tenía pensado, la verdad.

–Vamos a ser realistas. Un niño da mucho trabajo y tú vas a tener que estar yendo y viniendo de Nueva York y de Londres todo el rato.

–No tanto.

En aquel momento, apareció el camarero y les sirvió el segundo plato.

–¿Qué te parece la comida?

–Muy buena –sonrió Alison agradecida por el cambio de tema–. No tenías que haberte molestado en invitarme a cenar. Habíamos firmado una tregua y…

–Quería invitarte –la interrumpió–. No es ninguna molestia.

Alison sintió que se le aceleraba el pulso.

–¿Recuerdas el restaurante al que solíamos ir en Londres, el Waterside?

–Sí, claro que lo recuerdo –contestó bajando la mirada–. Nos lo pasábamos bien allí.

–Hace un par de semanas estuve en Londres por negocios y me pasé por allí. Ha cambiado mucho. No lo reconocerías.

–Supongo que todo cambia –apuntó Alison con nostalgia de aquellos días de amor.

Se preguntó con quién habría ido. ¿Con Bianca? No era asunto suyo.

–¿Sigues teniendo la casa de Londres?

Luke asintió.

–Ha estado alquilada mientras he estado en Nueva York, pero los inquilinos se acaban de ir y la acabo de redecorar entera.

–¿Te la vas a quedar?

–Sí, la necesito. Así, tendré un sitio donde quedarme cuando tenga que ir a Londres por trabajo.

De repente, Alison se preguntó si Bianca viviría en aquella casa. Si se llevaban tan bien, ¿por qué no?

Se los imaginó haciendo el amor en aquella casa, la misma donde ella había compartido la cama con Luke.

Se enfadó consigo misma e intentó concentrarse en la conversación. ¿Por qué tenía que interesarse por la vida privada de Luke? Y, sobre todo, ¿por qué le dolía tanto hacerlo?

–Con todo ese ajetreo, no sé cómo te planteas siquiera invertir en el Cliff House.

–Bueno, lo del hotel es una cosa simplemente de dinero, no es que me vaya a ofrecer para preparar los desayunos –bromeó.

–A lo mejor, Michael te lo agradecía.

–¿Es el que da la fiesta el domingo?

–Sí, se va a casar con Susan Blake.

–¡Qué sorpresa, con Susan, la hija de nuestro capataz! Es un encanto de chica.

–Sí, hacen muy buena pareja.

–Me apetece mucho la fiesta –comentó sirviéndole vino–. Supongo que la hacen el domingo porque el resto del fin de semana tenéis el hotel lleno con la boda.

–Exacto, pero para el domingo por la tarde, se habrán ido todos ya.

–¿Qué tal va todo por allí? ¿Pudo Garth ayer con las reservas de la boda?

–Sí, perfectamente.

–Eso quiere decir que podrías tomarte una tarde libre más a menudo, ¿no? ¿Y si lo pongo como condición para invertir? ¿Y si pongo en el contrato que tienes que tener mucho tiempo libre para pasar con Nathan y conmigo?

–Seguro que a Garth le parece bien –sonrió Alison sabiendo que lo que a Luke le importaba era el niño, pero igualmente emocionada porque la incluyera a ella–. De todas formas, entiendo que quieras pasar tiempo a solas con tu hijo, así que, tal vez, sea mejor que esté ocupada.

Luke se quedó pensativo unos segundos.

–Pero sería bonito que pudiéramos ser como una familia. Por el bien de Nathan, ¿no?

Aquella pregunta le hizo sentir muchas cosas: una profunda tristeza, una gran duda y una absurda esperanza.

No podían comportarse como una familia porque no lo eran.

–Debemos tener cuidado para no confundir al niño, Luke –dijo intentando mantener el sentido común–. Si nos mostramos demasiado civilizados… demasiado amigos, no va a entender por qué no estamos juntos.

–¿Quieres decir que deberíamos prepararlo para el día en que nos casemos cada uno por nuestra cuenta?

Alison sintió que el corazón se le encogía.

–Sí… –contestó desviando la mirada.

–¿Quieres otro café? –preguntó Luke cuando el camarero les limpió la mesa.

Alison negó con la cabeza.

–Será mejor que nos vayamos –contestó con gran pesar.

Le habría encantado quedarse allí, con él, a la luz de las velas y seguir hablando de la fantasía de ser los tres una familia.

De repente, había sido como si el tiempo hubiera corrido hacia atrás.

Durante un rato, la complicidad que habían compartido años atrás había vuelto a adueñarse de su relación. Debían de haber sido las velas y el vino.

Aun así, a Alison le habría encantado que no se acabara.

Volvieron a casa en silencio. Alison se preguntó en qué estaría pensando Luke. Lo miró mientras conducía.

¿Qué iba a pasar? ¿Iban a seguir saliendo así? ¿Cómo iba a ser tenerlo de nuevo en su vida? ¿Cómo iba a ser verlo criar a su hijo?

¿Cómo sería abrazarlo y volverlo a besar?

Se dijo que era una tontería soñar despierta así. Ya lo había hecho una vez y no había salido bien.

Luke paró el coche ante su casa y apagó el motor.

–Bueno, me lo he pasado muy bien –dijo Alison en un hilo de voz deseando que la besara como cuando eran novios.

–¿Puedo entrar un rato?

Alison dudó. Seguramente, sería un error.

–No me quedaré mucho –insistió Luke.

–Bueno… está bien, un rato.

Jane estaba en el salón viendo la televisión, pero, en cuanto entraron, la apagó y se levantó a saludarlos.

Mientras Alison le contaba lo agradable que era el restaurante y lo bien que habían cenado, Luke se fue arriba a ver a Nathan.

–Está encandilado con el niño –comentó Jane.

–Sí… –dijo Alison.

–Me alegro mucho de que te vaya bien con él. Es encantador –dijo Jane poniéndose el abrigo.

Si no desmentía aquel comentario, sabía que al día siguiente ya la estarían casando con él.

–No es lo que parece, Jane. Mi relación con Luke es un poco complicada –le explicó acompañándola a la puerta.

–¿De verdad?

Alison dudó. ¿Debía decirle la verdad? Sí, sin duda. De todas formas, en breve, se iba a enterar todo el mundo.

–Luke es el padre de Nathan.

–¡Lo sabía! –exclamó la niñera–. ¡Es su vivo retrato! Lo que estaba claro era que Todd no era su padre. Lo trata bien, pero se nota que no le entrega todo su afecto.

En ese momento, Alison oyó un ruido a sus espaldas. Se giró y vio que era Luke.

–Le estaba diciendo a Alison que eres el padre de Nathan.

–Sí, ya lo he oído –contestó muy serio.

–Bueno, me voy –dijo Jane–. No os preocupéis, vuestro secreto está a salvo conmigo.

–No es un secreto, así que cuéntaselo a quien quieras –sonrió Luke.

–Tenía que aclararle la situación, ¿sabes? –le dijo Alison tras cerrar la puerta.

–Sí, entiendo.

Alison lo miró a los ojos.

–Mañana… lo va a saber todo el mundo.

–Bien –contestó él encantado.

Alison se preguntó si a ella le parecía igual de bien. Intentaba que la

situación no se le fuera de las manos, pero sentía que estaba perdiendo el control.

–¿Qué tal está Nathan? –le preguntó mientras entraban en el salón y Luke se colocaba de espaldas al fuego.

–Profundamente dormido.

Durante unos segundos, lo único que se oyó fue el crepitar de las llamas.

–Dios mío, lo que van a decir de nosotros mañana… –suspiró Alison.

–¿Te importa lo que diga la gente?

–No, pero no me gusta ser el centro de atención, me gusta llevar una vida normal –contestó sentándose y pasándose una mano por el pelo.

–No te preocupes, no durará mucho. Me preocupa más lo que Jane ha dicho de Todd.

Alison frunció el ceño.

–Ha dicho que Todd no le entregaba todo su afecto al niño.

–No la tomes con Todd –le advirtió Alison–. Las cosas ya son difíciles de por sí…

–¿Cómo es con Nathan?

–Normal –murmuró sabiendo que Todd se portaba bien con el niño, pero nada más. No había chispa entre ellos.

–¿Solo normal? –insistió Luke–. ¿No crees que tu pareja debería ser más que normal con tu hijo?

–Para ya, Luke. ¿Qué vas a hacer? ¿Vas a poner a prueba a todas las mujeres con las que salgas a partir de ahora para ver cómo se comportan con tu hijo?

–Espero que no sea necesario.

–¿Ya tienes a la mujer perfecta elegida?

–Podría ser.

Alison frunció el ceño. ¿Estaría saliendo con alguien? ¿Sería Bianca?

–Me parece que es absurdo que la relación entre nosotros sea tan complicada como la estamos haciendo –comentó Luke.

–¿Por qué te parece complicada? –dijo Alison levantándose y yendo hacia él.

–Muy fácil –contestó él agarrándole la mano–. He recordado lo bien que estábamos cuando salíamos juntos.

Aquellas palabras fueron como echar gasolina a unas ascuas todavía encendidas. Alison sabía que aquellos sentimientos eran peligrosos.

–No deberías recordar el pasado, Luke.

–No puedo evitarlo –protestó él acercándose un poco más.

–Tuvimos una aventura…

–¿Recuerdas la primera vez que hicimos el amor en mi casa?

Alison se dio cuenta de que se estaba inclinando hacia ella. Podría dar un paso atrás, pero no lo hizo. La curiosidad y el deseo la tenían inmovilizada. Cuando la besó, sintió una sed insaciable que no la dejó protestar.

«No lo beses», se dijo sin poder moverse. «Demuéstrale que ya no hay química».

Luke le acarició los pechos por encima del vestido haciendo estallar dentro de ella una carga de dinamita. Sin pensar lo que hacía, lo besó con

una pasión que la sorprendió incluso a ella.
–¿Ves? Todavía hay algo entre nosotros –comentó Luke mirándola fijamente–. Bastó un beso ayer para que volviera la magia. Tú también lo sentiste, ¿verdad?
–No… no puede ser… solo…
–¿Solo es sexo? –sonrió Luke acariciándole la cara–. Algo tan bueno no puede ser malo.
La volvió a besar y Alison se dio cuenta de que estaba de acuerdo.
Se besaron con una pasión renovada y conocida. Alison sintió que le estaba bajando la cremallera del vestido. Una parte de ella sabía que debía parar, que aquello solo le iba a conducir a más dolor.
Sin embargo, cuando el vestido cayó al suelo y Luke encontró sus pechos a través del delicado encaje del sujetador, esa parte de ella enmudeció para dejar paso a instintos mucho más fuertes.
–Eres tan guapa, Ali –susurró–. No sabes cuánto te deseo… Te he deseado desde que te he vuelto a ver. He intentado convencerme de lo contrario, pero es inútil…
Alison se sintió confusa porque a ella le había pasado lo mismo.
–¿Por qué vamos a luchar contra esto, Ali, cuando nos lo podríamos pasar tan bien?
Alison le pasó los brazos por el cuello, en absoluto avergonzada por su casi desnudez. No había estado con nadie desde Luke. No había deseado a nadie desde él. No había querido desear a nadie, pero, ahora, su único amante estaba dando rienda suelta a sensaciones que creía olvidadas.
Sintió las manos de Luke en la espalda y le ayudó a desabrochar el sujetador. Al sentir sus dedos sobre el pecho sintió un inmenso deleite. Entonces, Luke se inclinó y tomó un pezón duro y erecto entre sus dientes.
Alison gimió de placer.
–¿Nos vamos arriba? –jadeó Luke al cabo de un rato.
Alison se moría por ir arriba, por meterse entre las sábanas con él y sentir su desnudez.
–¿Ali? –insistió Luke mordisqueándole el lóbulo de la oreja–. Ya hemos perdido demasiado tiempo.

Capítulo 8

No se molestaron ni en encender la luz de su habitación. Luke la depositó en la cama y Alison lo vio desnudarse en la penumbra.

Mientras lo hacía, pensó en lo perfecto que era y en cuánto lo deseaba. Luke vio que lo estaba mirando y sonrió.

«Él sabe lo guapo que es», pensó mientras se quitaba los zapatos y las medias.

Probablemente, aquello fuera un gran error. Todavía estaba a tiempo de echarse atrás, de decirle que había cambiado de opinión.

Luke se arrodilló junto a la cama y la ayudó a quitarse las medias. Al sentir su mano en la parte interna del muslo, la intención de parar aquello se evaporó. Lo miró a los ojos mientras los dedos de Luke avanzaban hasta llegar al encaje de sus braguitas. Alison sintió que le estallaban los tímpanos de lo fuerte que le latía el corazón.

Las apartó y comenzó a tocarla de una forma que la hizo gritar de placer. Se echó hacia atrás, apoyó la cabeza en la almohada y se entregó a las oleadas de éxtasis.

La verdad era que se le daba bien, eso había que reconocerlo. Cuando se inclinó y siguió con la lengua la misma trayectoria que habían seguido sus dedos, Alison sintió que el mundo se tambaleaba. Se agarró a las sábanas para no gritar de placer.

Luke subió por su vientre, se detuvo en sus pechos y siguió hasta su boca.

Alison emitía pequeños gemidos de rapto.

–¿Qué me dices, Ali? –susurró él.

–Que te deseo –contestó ella con voz ronca–. Te deseo de verdad.

Luke jugueteó un poco más con sus pezones mientras Alison sentía el calor de su erección entre las piernas.

–No te oigo –dijo Luke–. Dilo más alto.

–Te deseo –repitió Alison con voz temblorosa mientras la penetraba y se movía sobre ella con un ritmo tan natural como respirar.

Cabalgaron juntos hasta alcanzar el orgasmo. En lo más alto, Luke la besó con una posesión fiera.

Abrazados, se quedaron en silencio. Alison estaba demasiado conmovida como para hablar o moverse siquiera. Se sentía feliz con el brazo de Luke alrededor de su cuerpo. Aquel gesto protector la hizo dormirse escuchando los latidos de su corazón.

Cuando abrió los ojos, vio que seguían abrazados y no supo si sentirse avergonzada por lo que había ocurrido o dejarse llevar por el deseo que se estaba empezando a apoderar de nuevo de ella ante el contacto de sus cuerpos.

Recordó que Luke le había dicho lo mucho que la deseaba y que había intentando luchar contra ello. ¿Habría alguna posibilidad de que sintiera algo por ella?

Se quedó pensando, intentando aclarar sus ideas y, entonces, oyó a Nathan llorando en la habitación de al lado.

–Ya voy yo –la sorprendió la voz de Luke.

–No me había dado cuenta de que estabas despierto.

–Llevo un rato despierto, sí –contestó él besándola–. Estaba decidiendo si estaría bien despertarte para volverte a hace el amor.

Alison se sonrojó de placer, inmediatamente excitada. Sin pensarlo, lo besó con deseo.

Nathan volvió a quejarse.

–Ya voy yo –dijo Alison a regañadientes.

–No –dijo Luke con ternura poniéndose los pantalones.

Mientras él salía de la habitación, Alison se tumbó y se quedó mirando el techo. ¿Qué estaba haciendo? ¿No había aprendido nada la primera vez que había estado con él?

Al oírlo hablar con cariño al niño, cerró los ojos sabiendo que estaba perdida. Sabía que no la quería, pero no podía evitar quererlo. Aquello la irritaba, pero no hacía que cambiaran sus sentimientos. ¿Por qué?

Oyó llorar al niño y se levantó en silencio para ir a ver qué pasaba. Para cuando llegó a su habitación, Nathan ya se había callado de nuevo. Luke lo había tomado en brazos y estaba andando por la habitación hablándole en voz baja.

Entonces, comprendió que Nathan era lo más importante para Luke. Claro que se lo había pasado bien acostándose con ella, pero solo había sido un medio para conseguir un fin.

¿Por qué se había dejado seducir tan fácilmente? Luke ni siquiera había mentido, no la había engañado, no le había hablado de amor. Alison se lo había puesto en bandeja y se sintió humillada.

Nathan comenzó a llorar de nuevo y Alison dejó de pensar en todo aquello.

–¿Qué le pasa? –dijo entrando en la habitación.

–No lo sé –contestó Luke aliviado de verla allí–. Está muy caliente. Creo que tiene fiebre.

Alison lo tomó en brazos y lo miró. Tenía la cara colorada y parecía incómodo.

–¿Qué te pasa, pequeño?

El niño dejó de llorar unos instantes e intentó sonreír, pero al poco estaba llorando de nuevo.

Alison le puso la mano en la frente.

–Los dientes –dijo–. Bueno, hay unas pastillas abajo en el frigorífico. ¿Te importaría traérmelas, Luke?

–Claro, ahora mismo.

Mientas Luke bajaba a la cocina, Alison le dio un aro de plástico para que mordiera. El niño parecía algo aliviado, pero seguía incómodo.

–¿Seguro que son los dientes? –preguntó Luke preocupado cuando volvió a su lado.

–Estoy casi segura, sí –sonrió Alison–. Han sido ya muchas noches sin dormir por este tema, ¿verdad, cariño? –añadió mirando al niño.

Luke la observó atento, notando su experiencia y lo bien que lo hacía.

–Ya me ocupo yo, Luke.

–¿Me estás echando? –dijo él con tristeza.

–No creo que te apetezca quedarte con Nathan en este estado.

–Te equivocas –contestó él acariciándole la cara–. Me quiero quedar.

Alison se conmovió ante sus palabras y su caricia y no supo qué decir. Nathan se puso a llorar y a patalear.

Tardó más de lo que Alison pensaba en calmarse. Luke y ella estuvieron casi una hora con él hasta que dejó de llorar cuando estaba a punto de amanecer.

–Está agotado –murmuró Luke tocándole la frente–. Ya no tiene fiebre.

Alison se sentó en la butaca y observó al niño, que estaba en brazos de su padre luchando contra el sueño.

–Con un poco de suerte, lo podrás meter en la cuna en breve –murmuró cansada.

Luke la miró y vio que estaba pálida y con ojeras.

–Estás cansada, ¿verdad? ¿Por qué no te vas a dormir un poco? Ya me encargo yo de Nathan.

¿Y luego qué? ¿Se volvería a meter en la cama con ella?

¿Qué podía hacer con aquella situación? Desde luego, había estado loca por plantearse, aunque hubieran sido unos segundos, que la quería. No debería haberse acostado con él. Había sido como destapar la caja de los truenos.

Lo que estaba claro era que quería a su hijo y que se mostraba bueno y paciente con él. Lo miró, abrazando al niño, completamente pendiente de él, y sintió una punzada de dolor. Entonces, comprendió por qué lo había dejado entrar de nuevo en su cama y en su vida. Porque seguía enamorada de él.

–¿Ali? –dijo yendo hacia ella y levantándole el mentón para que lo mirara a los ojos–. ¿Estás bien?

–Claro que estoy bien –contestó echándose hacia atrás como si le hubiera dado una descarga eléctrica–. Es lo que tú dices, estoy cansada –añadió levantándose y alejándose.

«No estoy enamorada de Luke Davenport», se repitió varias veces.

–¿Por qué no te tomas el día libre? Si quieres, llamo a Garth y le digo que…

–No, Luke –lo interrumpió.

¡Pero aquel hombre no sabía lo que decía! ¿Se creía que, por pasar una noche con ella, tenía poder de decisión sobre su vida o qué? Pues no, no era así. Que le quedara claro que no lo quería y que no iba a permitir que tomara las riendas de su día a día.

–Iré a trabajar a mi hora, como todos los días. Nathan ya está bien y Jane se encargará de él –le dijo–. No necesito que me organices la vida. Me las he arreglado sola durante dos años y medio y no me ha ido mal.

–Yo no he dicho eso –dijo Luke.

Alison pensó que, tal vez, no estaba siendo justa con él. Estaba agotada

y la estaba pagando con Luke.

–Bueno… –dijo pasándose una mano por el pelo–, gracias por la sugerencia, pero estoy bien.

Luke se encogió de hombros.

–Está bien, pero dile a Garth que no te cargue demasiado de trabajo. A veces, se aprovecha de lo buena que eres…

–Mira quién fue a hablar –murmuró Alison.

Luke frunció el ceño.

–¿Qué has querido decir?

–Que esta noche has sido tú el que se ha aprovechado de mí.

Luke se rio.

–Venga, Ali, no seas caradura… Tú también has puesto de tu parte. Los dos queríamos que pasara lo que ha pasado y nos ha gustado a los dos.

Alison se sonrojó avergonzada mientras Luke dejaba al niño en la cuna con cuidado y lo tapaba.

–¿Nos vamos a la cama y seguimos hablando? –sugirió al terminar.

Por el tono de voz y cómo la estaba mirando, Alison dudó mucho que, si volvían a la cama, fueran a hablar de nada.

–No te acerques a mí, Luke –le advirtió nerviosa.

–Sé que te ha gustado lo de esta noche, Ali… ¿Por qué sales ahora con esto?

–Lo de anoche estuvo bien. ¡Siento mucho si hiere tu ego, pero tampoco fue para tanto! –sonrió.

Luke también sonrió.

–Di lo que quieras, Alison, pero sabes tan bien como yo que entre nosotros hay algo especial –dijo agarrándola de la cintura y atrayéndola hacia él.

Se inclinó sobre ella y la besó con delicadeza. Alison sintió que los fuegos artificiales comenzaban de nuevo.

Lo quería y no podía negarlo, así que se dejó llevar unos segundos, pero, de pronto, se apartó enfadada consigo misma por ser tan débil.

Sí, lo quería, pero también tenía orgullo. La excitaba con una simple caricia, pero eso no quería decir que fuera a permitir que siempre se saliera con la suya.

–Es mejor que te vayas.

–Si es lo que quieres –dijo Luke apartándose–. Me tengo que ir a Londres, pero volveré para la fiesta de tu hermano. Podríamos hablar entonces. ¿Te parece bien que te recoja a las ocho?

Alison negó con la cabeza.

–Voy a ir con Todd.

Luke la miró con mala cara.

–No me mires así. Ya le he dicho que sí y, ahora, no le voy a decir que no.

–¿Qué diría Todd si supiera que has pasado la noche conmigo?

Alison frunció el ceño.

–No se va a enterar porque no merece la pena hablar de esto.

–¿Ah, no? Pues a mí me parece que sí –protestó él viendo su confusión–. Hasta el domingo, Ali… que sueñes con los angelitos.

Alison lo observó mientras se despedía del niño con una suave caricia y salía de la habitación.

Pocos minutos después, oyó la puerta principal cerrándose y el motor de su coche alejándose.

Se acercó a la cuna y se quedó mirando a su hijo unos segundos. Recordó lo cariñoso que se había mostrado Luke con él y no pudo evitar recordar también la noche de pasión que habían compartido.

Cerró los ojos con fuerza para intentar apartar aquellos pensamiento de su cabeza. No podía permitir que Luke ocupara de nuevo un lugar privilegiado en su vida. Ya le había roto el corazón una vez. No era de fiar.

Se iba a Londres y seguro que pasaría la noche con otra mujer. Tal vez, con Bianca…

Los pajarillos se pusieron a cantar con alegría, como burlándose de su tristeza.

Capítulo 9

Qué tal la cena con Luke?
Alison se puso nerviosa ante la pregunta de Todd.
–Bien.
–¿Nada más? –dijo él frunciendo el ceño.
–Un poco tensa.
Todd la miró con insistencia.
–Venga, Todd, no me agobies. Garth también me ha estado interrogando y estoy un poco harta. Te digo lo mismo que le he dicho a mi hermano: Luke y yo estamos haciendo un esfuerzo por llevarnos bien por el bien de Nathan.
–¿Lo has visto desde que saliste a cenar con él el jueves por la noche?
–No, no lo he visto ni he hablado con él –contestó omitiendo que Luke estaba en Londres.
–Pero te ha mandado flores –apuntó Todd acercándose al maravilloso ramo que estaba sobre la mesa.
–Sí –contestó Alison levantándose para terminar con aquella conversación–. Voy a preparar café.
Se quedó mirando por la ventana de la cocina. Era domingo por la mañana y se oía el repiqueteo de las campanas de la iglesia.
Durante aquellos días, había intentando no pensar en lo que había pasado con Luke, pero había sido en vano. Debía de estar a punto de volver de Londres y seguro que iba a estar en la fiesta de Michael de aquella noche. La idea de volver a verlo la llenaba de alegría y aprensión a la vez.
En ese momento, sonó el teléfono.
–Hola, soy yo –saludó Luke muy contento–. ¿Qué tal estás?
Alison sonrió sin poder evitarlo. ¿Qué pensaría si le dijera que no podía ni pensar con claridad por su culpa?
–Bien, gracias por las flores.
–De nada. ¿Qué tal está Nathan?
–Muy bien. Está jugando en el salón.
–¿Ninguna secuela de nuestra noche sin dormir?
Aquella pregunta hizo que Alison sintiera sensaciones agridulces.
–No. Todo muy tranquilo –contestó pensando que todo menos ella.
–Te llamo para ver si te apetece que quedáramos para…
–No puedo, Luke. Lo siento, pero estoy con Todd –lo interrumpió.
Luke se quedó callado un momento.
–Bueno, ¿y no le puedes decir que se vaya?
–¡No, no puedo! –exclamó ella irritada por que Luke creyera que estaría dispuesta a dejarlo todo en cuanto la llamara.

–Bueno… está bien. ¿Me puedo llevar a Nathan esta tarde?

Alison se lo pensó. En realidad, no había ningún motivo para decirle que no.

–Sí, supongo que sí.

–Bien, entonces, te veo luego –dijo él colgando.

Alison quitó la cafetera del fuego y, mientras preparaba la bandeja, tuvo la sensación de haber renunciado a algo bonito.

–¿Quién era? –preguntó Todd cuando Alison entró en el salón.

–Luke. Quería ver si se podía llevar a Nathan esta tarde.

–¿Ah, sí? –dijo con alegría–. Entonces, tal vez, podríamos salir a comer.

–¿Los cuatro? –bromeó Alison.

–No digas tonterías –contestó Todd sin sonreír.

El niño, que estaba jugando en el otro extremo del salón, dio un golpe con un juguete en el suelo.

–No hagas ruido, Nathan –lo reprendió Todd con impaciencia.

Alison puso la bandeja en la mesa y le pasó una taza.

–¿Qué tal te ha ido la semana? –le preguntó para que no siguiera hablando de Luke ni insistiera en lo de ir a comer por ahí los dos.

La verdad era que no le apetecía salir con él. De hecho, habría preferido que la llamara antes de pasarse por su casa. Así, habría podido poner cualquier excusa para que no fuera.

–Caótica. Voy a tener que contratar a más gente.

Alison se sentó e intentó escuchar con atención lo bien que iba la clínica dental de Todd, pero, al cabo de un par de minutos, su imaginación estaba volando lejos.

Todd era un hombre guapo, sí. Debía de tener la misma edad que Luke, era alto, como él, rubio y con los ojos color avellana.

Entonces, ¿por qué no la excitaba? ¿Por qué no se ponía nerviosa cuando lo veía? ¿Por qué su voz no la conmovía?

Vestía bien y se cuidaba. Aunque tal vez no le viniera mal hacer un poco más de ejercicio.

Se reprendió a sí misma por fijarse solo en el físico. Al fin y al cabo, Todd había sido un buen amigo que siempre la había ayudado.

Al pensar en el físico de Luke, recordó la noche del jueves y sintió un inmenso calor.

–¿Estás bien, Alison?

–Sí –contestó ofreciéndole unas galletas que Todd rechazó.

–Estás muy pálida.

–¿Sí? Es que no he dormido muy bien últimamente –confesó.

–¿Por Luke?

–No, claro que no –mintió.

Todd dejó la taza en la mesa.

–Bueno, entonces, ¿hacemos algo esta tarde?

Nathan eligió aquel momento para golpear la mesa y tirar el café de Todd.

–¡Mira que eres torpe! –exclamó Todd haciendo que el niño abriera mucho los ojos–. A ver si tienes más cuidado.

De repente, Alison vio clara la diferencia entre cómo trataba Luke a su

hijo y cómo lo trataba Todd. Se dijo que era injusto hacer comparaciones. Uno era su padre y el otro, solo un amigo… que, además, tenía poca paciencia, la verdad.

«Da igual, solo es un amigo», se dijo. Aquello le hizo plantearse por qué nunca había querido que fuera algo más.

Porque seguía enamorada de Luke. Así de claro y doloroso.

Alison se levantó para ir a buscar papel de celulosa para limpiar la mesa. Tenía que dejar de pensar en aquello. Luke no la quería, así que lo mejor sería olvidarse de él.

–¿Sabes? Creo que esto de que Luke se quiera llevar al niño nos podría venir muy bien.

Alison lo miro perpleja.

–¿Cómo?

–Bueno, está claro que querrá llevárselo, a lo mejor, la mitad de la semana. Así, tú y yo tendremos tiempo para salir más y divertirnos.

–¡Todd! –exclamó angustiada–. ¿No te das cuenta de que esa idea me aterra? No me quiero separar de mi hijo.

–Te acostumbrarás.

–No, no me acostumbraré –lo contradijo con decisión–. Además, no creo que Luke se las pudiera apañar con Nathan –mintió porque había visto con sus propios ojos que era más que capaz.

–Bueno, por eso no te preocupes. Ya se buscará una rubia que se ocupe del niño.

Debía de haber sido una broma, pero a Alison no le hizo ninguna gracia aunque suponía que Todd tenía razón.

–¿Comemos juntos, entonces? –insistió Todd.

–No puedo. Tengo que mirar unos cuantos papeles y me gustaría dejarlo hecho antes de la fiesta –contestó sinceramente. Le estaba dando vueltas seriamente a la idea del gimnasio y quería hacer números antes de hablar con sus hermanos.

Todd se encogió de hombros.

–Bueno, pues me voy al bar a tomarme una pinta. ¿A qué hora quieres que te recoja estar tarde?

Alison oyó un coche fuera.

–¿No será Luke? –murmuró mirando la hora–. ¡Pero si son solo las once y media!

En ese momento, sonó el timbre.

–¿Quieres que vaya yo? –se ofreció Todd.

–No… ya voy yo –contestó Alison–. Quédate con Nathan un momento.

Al salir al pasillo, oyó el timbre de nuevo.

–Ya voy, ya voy –dijo peinándose con las manos–. Qué pronto llegas –añadió al ver a Luke en la puerta.

–¿Sí? Bueno, la verdad es que hace un día tan estupendo que quería aprovecharlo –contestó Luke muy contento–. Espero que no te importe –añadió entrando.

–No… no me importa –dijo Alison percibiendo su olor y recordando la última noche que habían pasado juntos–, pero Nathan no está listo.

–No pasa nada. Esperaré –dijo Luke muy tranquilo, a diferencia de ella.

–Bueno… eh… ya te he dicho por teléfono que Todd está aquí, así que… sé amable con él, por favor.

–¿Con Todd? –dijo Luke enarcando una ceja.

–Sí.

Luke se encogió de hombros.

–Me estás pidiendo algo que va contra mis instintos naturales, Alison. ¿Le has contado lo nuestro ya? –dijo con voz ronca.

–No hay nada que contar –contestó ella nerviosa mirando hacia la puerta del salón–. Habla en voz baja.

–No se lo has dicho, entonces.

–No quiero hablar de esto, Luke –dijo Alison muy seria–. Sé cordial con él y ya está.

–Siempre soy cordial –dijo Luke divertido–, pero con Todd…

–¡Luke! –protestó Alison–. Por favor, esto no es un juego.

–Bien, bien, me portaré bien, pero me vas a tener que dar algo a cambio –bromeó.

Alison lo miró con curiosidad.

–Por lo menos, dos bailes esta noche –dijo él.

A pesar de los nervios, Alison sonrió.

–Estás loco, Luke Davenport.

–¿Trato hecho?

Alison lo miró a los ojos.

–Está bien, dos bailes.

–Y un tercero que habrá que negociar –insistió Luke con voz sensual.

De repente, se abrió la puerta del salón y aquel momento de intimidad se rompió.

–¿Todo bien? –dijo Todd mirándolos.

–Todd, viejo amigo, me alegro de verte –dijo Luke en tono jovial como si estuviera saludando a un gran amigo–. ¿Qué tal te va?

Todd se quedó perplejo.

–Bien –contestó secamente.

–¿Qué tal la clínica? Espero que no tengas demasiadas extracciones.

–Si se tiene una buena higiene dental, no hace falta –contestó el otro muy serio.

–Estupendo, así todo el mundo feliz –dijo Luke.

Nathan lo vio y fue hacia él con una gran sonrisa, pero, antes de que pudiera llegar, Todd lo tomó en brazos.

–¿Dónde te llevas a nuestro pequeño tigre? –dijo.

Alison se quedó con los ojos como platos. ¿Nuestro pequeño tigre? Nunca lo había llamado así ni se había mostrado tan posesivo con el niño.

Luke hizo como que no se había dado cuenta.

–Hay una feria a las afueras y había pensado llevarlo a tomar un helado.

–Suena bien, ¿eh? –le dijo a Nathan revolviéndole el flequillo.

El niño estaba sorprendido e incómodo, así que Todd no tuvo más remedio que dejarlo en el suelo. En cuanto lo hizo, Nathan corrió a gatas hacia su padre, que lo levantó por los aires haciéndolo reír.

–Voy por su abrigo –dijo Alison subiendo las escaleras.

Al bajar, no había nadie en el salón. Miró por la ventana y vio que Luke,

con Nathan en brazos, estaba hablando con Todd en la calle.

Rezó para que no le estuviera diciendo nada inoportuno. No quería que Todd sufriera. Era un buen amigo y Alison sabía lo que sentía por ella. Si tenía que enterarse de lo que había habido entre ellos, quería contárselo ella, así que se apresuró a salir.

No había motivo de preocupación. Estaban hablando del nuevo coche de Luke.

–¿Y el deportivo? –preguntó alucinada.

–Lo he cambiado –contestó Luke metiendo las cosas de Nathan en el maletero–. Me he dado cuenta de que tenía que hacer ciertos cambios en mi vida porque ahora tengo un hijo.

–Claro –dijo Alison sorprendida. Luke iba muy en serio…

–Volveremos sobre las cinco –dijo Luke poniendo a Nathan en su silla.

–Muy bien –contestó Alison besando al niño–. Sé bueno con… papá.

Al levantar la cabeza, se encontró con los ojos de Luke y hubo unos instantes de comunicación sin palabras entre ellos.

–Hasta luego –dijo Luke sonriente.

Mientras Luke se ponía al volante, Todd le pasó el brazo por la cintura, pero Alison apenas se dio cuenta porque estaba pensando que debería estar en aquel coche con su familia.

–Bueno, me voy al bar para dejarte trabajar tranquila –dijo Todd–. Nos vemos esta noche.

–Sí. Por cierto, ¿por qué has dicho lo de «nuestro pequeño tigre»?

Todd sonrió con amargura.

–Porque quería que supiera que no es el único que se preocupa por Nathan.

–¡Oh, Todd! –dijo Alison emocionada.

–Ya sé que no se me dan especialmente bien los niños, pero eso no quiere decir que no lo quiera… como te quiero a ti.

–Todd, tengo que decirte que…

–¿Sigues enamorada de él? –la interrumpió–. Ya lo sé.

–¿Cómo?

–Sé que nunca has dejado de echarlo de menos –dijo Todd encogiéndose de hombros–. Al principio, tenía esperanzas, pero, a medida que me fui dando cuenta de que no tenía nada que hacer, decidí que era mejor tener tu amistad que no tener nada. Aun así, no me hace mucha gracia que haya vuelto a aparecer en tu vida.

–Solo le interesa Nathan…

–Ya –dijo Todd con incredulidad–. He visto cómo os miráis. Ten cuidado, Alison. Ya te hizo sufrir una vez. No dejes que se repita.

–Claro que no…

–Mira, creo que debo decírtelo. Anoche lo vieron en el bar con una de tus recepcionistas, con Clare Fisher.

–¿Ah, sí? –dijo Alison fingiendo indiferencia–. Bueno, es libre de hacer lo que quiera.

–Sí –dijo Todd incómodo–. Bueno, creí que debías saberlo. Te lo he dicho porque eres mi amiga.

Alison estaba sentada frente a todos los papeles, pero no se podía concentrar.

¿De verdad había salido Luke la noche anterior con Clare?

Frunció el ceño y se dijo que no era asunto suyo y que no tenía por qué importarle.

«Ya te hizo sufrir una vez. No dejes que se repita». Las palabras de Todd se repetían en su cabeza.

Se levantó con impaciencia y se sirvió un vaso de agua. Claro que no iba a dejar que la volviera a hacer sufrir… Era mayor y más lista que la otra vez. El recuerdo de su noche de pasión la perturbaba.

¿Qué quería de ella? ¿Tener una relación que le permitiera estar cerca de Nathan cuando quisiera? Pero si ya le había dicho que no se iba a interponer entre su hijo y él. ¿Tal vez quisiera deshacerse de Todd para tener más control de la situación? A lo mejor, por eso se había interesado por el hotel también. Invirtiendo en él, tenía más influencia sobre ella y, por tanto, sobre Nathan.

Aquella idea la enfadó y decidió que no iba a dejar que entrara en su vida por la puerta grande. Estaba decidida a ponérselo difícil.

Dejó el vaso de agua y se concentró en los papeles. De repente, abrir el gimnasio le pareció lo más importante del mundo, la prioridad de su vida. Así, evitaría que Luke tuviera demasiado control sobre ella.

Cuando oyó el coche de Luke, ya casi había acabado con los papeles y se sentía bastante en control.

Nathan se había quedado dormido y no se despertó cuando Luke lo sacó del coche.

–¿Os lo habéis pasado bien? –le preguntó Alison muy contenta al abrir la puerta.

–Sí –contestó Luke–. Deberías haber venido con nosotros. Te hemos echado de menos.

Alison intentó ignorar lo que aquella frase la hacía sentir.

–Tenía cosas que hacer.

–¿Todd se ha ido, supongo?

–Sí –contestó mirando al niño–. ¿Cuánto tiempo lleva dormido?

–Media hora. Voy a meterlo en la cuna –contestó Luke–. Me encantaría tomarme un café contigo –sugirió.

Alison puso la cafetera y comenzó a recoger los papeles que tenía sobre la mesa.

–¿Qué has estado haciendo? –preguntó Luke entrando en la cocina.

–Unas cuentas del hotel –contestó metiendo los papeles en el maletín.

–¿Es un secreto? –preguntó él divertido.

–No, pero no me gusta dejar papeles por ahí.

–¿Es lo del gimnasio?

–¿Cómo sabes tú eso?

–Bueno, me lo ha dicho un pajarito –sonrió–. Vas a tener que pedir permiso al ayuntamiento para abrirlo al público.

–Ya lo sé. No te preocupes, lo tengo todo bajo control.

–Me alegro –sonrió Luke–. Si quieres, te ayudo.

–No necesito que me ayudes, gracias. ¿Quién te ha contado mi idea?

–Garth. Me lo he encontrado con Sonia y hemos comido todos juntos. Lo hemos pasado bien.

–De repente, os habéis vuelto muy amigos, ¿no? –preguntó incómoda.

–La verdad es que nos llevamos muy bien y creo que los dos nos hemos dado cuenta de lo mal que nos comportamos en el pasado.

–¿Qué más te ha contado de mi proyecto? –dijo Alison sirviendo el café.

–¿Quieres saber si hemos hablado de ti?

–No –contestó mirándolo y viendo aquel brillo especial de sus ojos.

–No te lo voy a decir porque deberías haber estado allí.

–Tenía que trabajar.

–Bueno, al menos, no estabas perdiendo la tarde con el señor Personalidad –comentó Luke secamente.

–Luke, no me gusta nada que te metas con Todd –lo advirtió.

Luke la miró a los ojos.

–Admite que no tiene sentido del humor.

–Claro que lo tiene. Solo hay que conocerlo.

–Casi no, gracias –contestó Luke dejando la taza de café–. De hecho, preferiría olvidar que existe –añadió abrazándola por sorpresa–. Aun así, admite que he sido muy cortés con él.

–Demasiado cortés –contestó con el corazón acelerado.

Luke sonrió.

–Es imposible ganarte, ¿eh?

–¿Por qué quieres ganar? –preguntó Alison con cautela.

–Porque no me gusta perder… porque me gustó lo de la otra noche y porque… te deseo aquí y ahora.

–Tengo la impresión de que me estás engañando, Luke –murmuró intentando hacerse la dura.

–De eso nada. Nunca he ido más en serio.

–¿Cuándo has vuelto de Londres? –dijo intentando apartarse.

–Ayer por la tarde. ¿Por qué?

–Simple curiosidad –contestó Alison encogiéndose de hombros–. Te vieron anoche con Clare en el bar –añadió sin poder contenerse.

–¿Clare?

–Sí, Clare, la recepcionista.

–Ah, esa Clare. Sí, estaba allí. El local estaba hasta arriba –contestó besándola con pasión.

Alison se dejó llevar a pesar de que llevaba toda el día convenciéndose de lo contrario.

–¿Sabes? La otra noche no quería irme. Me habría gustado quedarme y decirte ciertas cosas al oído.

–Se te da muy bien hablar, Luke… –dijo Alison con voz entrecortada.

Luke no la dejó seguir. Sus labios se adueñaron de su boca y Alison sintió sus manos a través de la blusa. Un instante después, ya estaba excitada. Luke le levantó la tela y metió las manos por debajo.

–Tú también me deseas, ¿verdad?

Alison cerró los ojos y se dijo que no, pero la palabra «mentirosa» resplandecía en su cabeza en grandes letras de neón luminoso.

Luke la volvió a besar y Alison sintió que se derretía.

Le pasó los brazos por el cuello y lo besó con la misma pasión. Pronto, Luke encontró el cierre delantero del sujetador, lo abrió y deslizó los dedos sobre los pezones. Alison sintió que le costaba respirar de placer.

En ese momento, oyeron llorar a Nathan y ambos se miraron a los ojos.

–Salvada por mi hijo –susurró Alison intentando bromear.

–Vamos a tener que seguir luego –apuntó él acariciándole el pecho.

Alison cerró los ojos y sintió una punzada de increíble deseo.

–¿Por qué no vienes a la fiesta conmigo?

–No puedo. Ya te he dicho que le había prometido a Todd ir con él –insistió intentando ser fuerte.

–Entonces, dale una excusa y queda conmigo luego.

–Luke, no puedo –contestó apartándose de él–. No sería justo para Todd.

–Acostarte conmigo la otra noche tampoco lo fue, ¿no? –murmuró.

Alison se sonrojó.

–Aquello fue un error.

–De eso nada –protestó Luke tranquilamente–. Deberías dejar a Todd en su casa y venirte a la mía.

–Lo tienes todo planeado, ¿eh?

–Tenemos que pasar tiempo juntos para ver qué pasa entre nosotros.

–Si me voy a casa contigo, lo único que vamos a hacer es ver cuánto tardamos en desnudarnos.

–¿Y qué tiene eso de malo? –bromeó él.

–Todo –contestó Alison metiéndose la blusa por los vaqueros–. Tengo una vida ordenada y soy feliz, Luke. No quiero tu caos emocional. No me fío de tus intenciones… No me fío de ti.

–¿Por qué? ¿Por lo que pasó con tu casa hace tres años? Venga, Alison…

–No es solo por eso… Es por todo –contestó mirándolo con angustia. ¿Cómo decirle que creía que el único interés que tenía en ella era por Nathan? ¿Cómo decirle que, cada vez que le sonreía a otra mujer, sentía una punzada de dolor? ¿De verdad no sabía quién era Clare? ¿Cómo se iba a plantear una relación con él así?

–¿A qué te refieres?

Nathan lloró con más fuerza.

–Tengo que ir a sacarlo de la cuna. ¿Por qué no te vas?

–Muy bien, me voy, pero tenemos que hablar.

–Vete –le dijo desde las escaleras–. No tenemos nada de lo que hablar.

En cuanto la vio, Nathan se calló y sonrió.

–Eres como tu padre –le dijo sonriendo mientras lo tomaba en brazos–. Te advierto que servirte de los sentimientos de los demás para conseguir lo que quieres no siempre funciona.

«A tu padre, desde luego, no le va a servir conmigo», se dijo con decisión.

Capítulo 10

Cuando Todd y Alison llegaron al salón de baile del Cliff House, se lo encontraron lleno. Había globos con mensajes de enhorabuena para los novios y guirnaldas colgadas del techo. La orquesta estaba tocando y la gente bailaba sin parar.

–Menudo ambiente para ser domingo –comentó Todd–. No nos vamos a ir tarde, ¿verdad? –añadió mirando el reloj–. Mañana tengo consulta y me tengo que levantar a las ocho.

–No, no creo que termine tarde –contestó Alison tomando dos copas de la bandeja de un camarero y dándole una a Todd.

–Gracias –dijo él sonriendo.

Avanzaron entre los invitados. Alison llevaba un vestido de seda azul que le sentaba de maravilla y que hizo que varios hombres se dieran la vuelta para mirarla, pero ella solo buscaba a Luke.

Por una parte, prefería que no estuviera, pero, al no verlo, sufrió una gran decepción.

Michael y Susan estaban en la barra hablando con Garth y Sonia. Al verlos, fueron hacia ellos.

Mientras hablaba con su futura cuñada, levantó la vista y vio que Luke acababa de llegar y que estaba hablando con Garth.

Estaba tan guapo que todos sus buenos propósitos de mantenerse alejada de él se esfumaron.

–La próxima tienes que ser tú –comentó Susan.

–¿Cómo? –dijo Alison confundida.

–Sí, en casarte.

–¡No, no creo! –rio Alison–. No, la próxima celebración de la familia será el nacimiento del hijo de Garth y Sonia.

Luke estaba dando la enhorabuena a Michael. Estaba tan cerca, que percibía el olor de su aftershave. Luego, saludó a Susan, que le dio las gracias por ir y, por último, miró a Alison y le dedicó una gran sonrisa.

Ella intentó devolvérsela, pero los recuerdos de aquella misma tarde se agolpaban en su cabeza.

–¿Quieres bailar? –preguntó Todd de repente.

Alison asintió, feliz de poder alejarse de allí.

Estaban poniendo una canción lenta, así que Todd la abrazó y comenzaron a bailar.

–¡Menuda cara tiene Luke presentándose aquí! –comentó.

–Estaba invitado –le aclaró Alison.

–Me da igual.

–¿Qué tal en el bar? –dijo ella cambiando de tema.

–Bien, me encontré con Ellen, una de mis enfermeras.

–Ah, la rubia que está loca por ti. ¿Ha venido?

–Creo que sí –contestó Todd un poco avergonzado–. Pero es solo una compañera de trabajo, Alison. No está loca por mí y, aunque lo estuviera, lo último que quiero es tener una relación con alguien del trabajo. No trae más que problemas.

–Si tú lo dices –dijo Alison viendo a la mujer en cuestión, que estaba en la barra mirándolos.

–Además, no cambies de tema. Estábamos hablando de Luke Davenport.

–¿Sí? –dijo Alison viendo que la enfermera iba hacia Susan y Michael.

–Sí –contestó Todd mirándola de frente–. ¿Tengo razón? ¿Sigues enamorada de él?

–Mis sentimientos por él son un poco complicados –murmuró ella.

Todd parecía distraído de repente.

–¡No me lo puedo creer! –exclamó.

–¿Qué pasa? –preguntó Alison sorprendida.

–¡Está hablando con ella!

–¿Quién?

–El maldito Luke Davenport está hablando con Ellen.

Alison se rio.

–¿Qué te parece tan gracioso?

–Perdona, pero creía que habías dicho que no te interesaba Ellen –contestó Alison divertida.

–Y no me interesa, pero no me fío de Luke.

–Bueno, solo están hablando.

Alison miró en su dirección y vio que estaban charlando animadamente y riéndose con naturalidad.

¿Qué más daba Ellen que Clare que Bianca? En lo que a ella respectaba, Luke Davenport podía hacer lo que le diera la gana.

–¿Nos tomamos otra copa? –propuso Todd al cabo de un rato.

–Sí –contestó Alison dejando que la tomara de la mano para andar entre la gente.

Cuando llegaron a la barra, Ellen había desaparecido y Luke estaba hablando con Sonia, que le estaba diciendo que le quedaba solo una semana para dar a luz.

–Así que, si me ves salir corriendo de repente, ya sabes por qué es –bromeó.

Alison sonrió mientras le servían otra copa de vino.

–Espero que Garth se lo tome con más tranquilidad que con Alison –comentó Sonia–. ¿Te acuerdas? Estuvo a punto de estrellar el coche contra un árbol de camino al hospital.

–¿Cómo me voy a olvidar? –sonrió Alison dándose cuenta de que Luke la estaba observando.

–No les hagas ni caso –protestó Garth uniéndose al grupo–. Alison no corrió peligro en ningún momento.

–Espero que estés más tranquilo cuando me toque a mí –murmuró su mujer.

Alison dio otro trago al vino y se dio cuenta de que se lo había terminado.

–¿Otra copa? –sugirió Todd.

–Te acompaño –contestó ella siguiéndolo hasta la barra.

Desde allí, vio que Luke estaba hablando con Clare. En ese momento, Luke miró en su dirección y la pilló. Alison se apresuró a desviar la mirada, no fuera a creer que le importaba con quién estuviera hablando…

–Aquí tienes –dijo Todd dándole una copa de vino blanco.

–Gracias –contestó ella dándole un par de tragos.

–Ahora está hablando con Clare Fisher –comentó Todd–. No para, ¿eh?

–Bueno, está en una fiesta, Todd –apuntó ella dándose la enhorabuena por parecer tan tranquila cuando, en realidad, estaba pensando lo mismo.

–No mires, pero viene hacia acá.

Alison sintió que se le atragantaba el vino.

–Vamos a bailar, Ali –dijo Luke llegando a su lado–. No te importa, ¿verdad, Todd?

Sin esperar una respuesta, agarró a Alison y se la llevó a la pista de baile.

–No me apetecía mucho bailar, Luke –comentó Alison desafiante.

No era cierto, lo que no quería era que el escudo que se había construido aquella tarde desapareciera entre sus brazos.

–Habíamos hecho un trato, ¿no? Tres bailes –sonrió–. ¿Te estás echando atrás?

En ese momento, alguien le dio un pequeño empujón por detrás y se encontró pegada a Luke bailando una balada romántica.

–El trato eran dos bailes –murmuró.

Luke sonrió.

–Estás muy guapa.

–Gracias, pero supongo que se lo habrás dicho a unas cuantas esta noche.

–Solo a una –sonrió–. La orquesta es buena, ¿verdad? –murmuró Luke atrayéndola un poco más hacia él.

–Sí, es la orquesta del primo de Susan.

–Estos contactos familiares siempre tienen sus ventajas. Por cierto, me ha dicho Sonia que Nathan se ha quedado con su madre.

–Sí, con Phyllis. Jane estaba invitada a la fiesta, así que…

–Sí, la he visto con su marido.

–El niño se queda a dormir en casa de Phyllis. Era más fácil para todos.

–Así que tienes la noche libre –comentó Luke.

Alison dio un respingo, pero Luke no insistió. ¿Porque sabía que, por mucho que insistiera, no se iba a ir a casa con él o porque ya tenía planes con Clare? Al planteárselo, sintió unos terribles celos. Se dijo que aquello era una tontería, que Luke solo había hablado con la recepcionista. No era para tanto.

Casi sin darse cuenta, apoyó la cabeza en su hombro y recordó la última vez que había bailado con él. Había sido en una fiesta en Londres. Aquella vez, no tuvo reparos en irse a casa con él. Muchas veces se había preguntado si habría sido aquella noche cuando concibieron a Nathan.

Sintió los brazos de Luke alrededor, protegiéndola. Qué sensación tan estupenda. Siempre le había gustado bailar con él. Cerró los ojos y se

entregó a aquel placer momentáneo.

«Es solo un baile», se dijo.

Se terminó aquella canción y comenzó otra y siguieron bailando.

–Este solo cuenta como un baile, ¿eh? –le dijo Luke al oído.

Alison sonrió.

–Eres un tramposo –contestó sin moverse porque estaban demasiado cerca y temía que, si movía unos milímetros la cabeza, sus labios se tocaran.

–Lo que te he dicho esta tarde de que te deseo, iba en serio –murmuró Luke apartándole un mechón de pelo de la cara.

Alison sintió un escalofrío de placer.

–¿Por qué te me resistes con tanta fuerza?

–Ya te lo he dicho esta tarde.

–¿No te fías de mí?

–No soy la misma chica con la que saliste en Londres, Luke –contestó mirándolo a los ojos–. He madurado y ahora no tengo tiempo para tener aventuras furtivas.

En ese momento, cambió la música.

–Gracias por el baile –dijo Alison educadamente apartándose de él.

Garth le devolvió su copa de vino cuando llegó a la barra.

–Todd está bailando –le dijo.

–Gracias –contestó Alison mirando hacia la pista de baile.

No veía a Todd, pero sí a Luke hablando con Clare.

–¿Qué tal con Luke? Estabais muy acaramelados.

–Las apariencias engañan, ya lo sabes –contestó Alison dejando de mirarlos–. Quiere que volvamos a salir juntos.

–¿Pero tú no?

Alison se quedó en silencio unos segundos.

–Terminaría otra vez igual, Garth. No me quiere. Quiere a Nathan y… quiere quitarse a Todd de en medio. Por eso saldría conmigo.

–Yo no estaría tan seguro. A mí me parece que va en serio.

–También me lo parecía a mí hace unos años y, en cuanto desaparecí unas semanas de su vida, se puso a salir con otra.

–Eso no quiere decir que no se haya dado cuenta de sus errores.

Alison asintió.

–Tampoco quiere decir que me quisiera –apuntó mirándolo.

Luke seguía hablando con Clare.

–Si sigues enamorada de él, deberías darle una oportunidad –sugirió su hermano–. Sobre todo, por Nathan.

–¿Quién ha dicho que siga enamorada de él?

Garth sonrió.

–¿No es cierto?

–No –contestó intentando engañar a su hermano–. ¿Por qué le has contado lo del gimnasio, por cierto? –añadió cambiando de tema.

–No sé dónde está el problema. De hecho, le ha parecido una buena idea y me ha dicho que va a invertir en el hotel.

–Me dijiste que íbamos a dejar ese tema aparcado de momento. Tal vez no haga falta recurrir a él.

–No, pero creo que es bueno tenerlo como socio de todas formas. Es un buen empresario.

–Obviamente, te tiene encandilado.

–Me cae bien, Alison, y confieso que me equivoqué con él en el pasado. Michael e Ian están de acuerdo conmigo. Los tres creemos que deberíamos meterlo en el negocio.

–¿Y no tenéis en cuenta lo que yo crea?

–Claro que sí. Tu idea del gimnasio es estupenda. Luke dice que…

–No me interesa lo que diga, Garth –lo interrumpió dejando la copa de vino–. Perdona, pero me voy a ir a tomar el aire.

Mientras avanzaba entre la gente, lo único que quería era salir de allí. De repente, sentía como si Luke se hubiera apropiado de su vida, como si lo hubiera invadido todo.

Salió a la terraza por una puerta lateral y se dirigió hacia el mar.

Se apoyó en un árbol y se quedó escuchando las olas romper. Aquel sonido la tranquilizó.

Se dijo que había hecho bien diciéndole a Luke que no quería nada con él.

–Se está bien aquí fuera, ¿eh?

Al oír su voz, abrió los ojos sobresaltada.

–¿Me estás siguiendo? Porque, si me estás siguiendo, te pediría que me dejaras en paz. He salido en busca de paz y tranquilidad.

–Yo también –contestó él con calma mirando el mar–. Qué vista tan bonita, ¿eh?

–Sí –contestó Alison.

–¿Sabes que hace mucho tiempo los contrabandistas hacían negocios en esa playa?

–Seguro que eran parientes tuyos –apuntó Alison secamente.

–Que yo sepa, no.

Alison se encogió de hombros.

–A ti se te da muy bien también engañar a la gente. Has vuelto hace una semana y ya tienes a toda mi familia a tus pies.

–Menos a ti.

–Yo no me dejo engañar tan fácilmente como ellos.

Luke sonrió.

–Es una pena.

–De los errores se aprende.

Luke se acercó a ella.

–Es cierto –apuntó él–. El mío fue dejarte con Todd Johnson.

–Tienes celos porque forma parte de la vida de tu hijo.

–Puede –contestó Luke encogiéndose de hombros–, pero tampoco me parece que sea el hombre perfecto para ti. Sé que no confías en mí, pero te aseguro que vengo con buenas intenciones –añadió acariciándole la cara.

Alison se apartó nerviosa.

–Si lo piensas, somos iguales. No queremos que nuestro hijo se críe con otras personas. Pero si tú no quieres que tenga un apellido diferente al tuyo…

Alison sonrió.

–Tengo la solución para eso: te pones tú Trevelyan y ya está.

–Hay otra solución todavía mejor –dijo Luke muy serio–. Cámbiate tú a Davenport.

–¿Cómo?

–Casándonos.

Alison se dijo que había oído mal.

En el silencio que siguió, solo oía su corazón frenético y las olas.

–Piénsalo –insistió Luke–. Es la solución perfecta. Los dos queremos a Nathan y queremos lo mejor para él…

–El matrimonio es algo más, Luke –lo interrumpió ella con tristeza.

Si se lo hubiera dicho dos años y medio atrás, le habría dicho que sí sin pensarlo.

–Podría funcionar.

–¿Sin querernos? –murmuró.

–Bueno, somos sexualmente compatibles –contestó él tras una pausa.

–Sé que quieres que Nathan forme parte de tu vida, pero esto es ridículo. El matrimonio es para los que se quieren de verdad. Tú y yo no aguantaríamos ni un asalto…

–Te equivocas. Cuanto más lo pienso, más me gusta la idea. Te podría dar un montón de cosas, Ali… Desde luego, no tendrías que volverte a preocupar por el dinero. Nathan y tú tendríais la vida solucionada, una buena casa… A mí me parece que sería ideal para el niño. Viviría con los dos…

–Si no nos queremos, no es la mejor solución –insistió Alison furiosa.

Luke se acercó a ella.

–Déjame que te demuestre que podría funcionar. Solo te estoy pidiendo una oportunidad.

Alison negó con la cabeza, pero Luke se inclinó y la besó. Fue un beso largo y apasionado.

–¿Te lo pensarás?

¿Cómo se lo iba a pensar si no la quería?

–No me quiero casar con nadie, Luke. Y, menos, contigo –contestó–. Además, por si no te has dado cuenta, salgo con Todd.

Luke la miró a los ojos.

–Si tuvieras algo serio con él, ya te habrías casado. Creo que no lo has hecho porque sabes que no sería un buen padre para Nathan –dijo mirándola a la luz de la luna–. Haríamos un buen equipo, Ali –añadió inclinándose de nuevo.

–¡No!

–¿No qué? ¿No quieres que te diga que te deseo? No puedo, Ali. He intentado mantenerme apartado de ti, pero no puedo.

Era el momento perfecto para decirle que no tenía nada que pensarse porque su respuesta era un rotundo no, pero no pudo hacerlo porque, en su interior, había una voz que le decía que dijera que sí.

–¿Por qué no te vienes a casa y lo hablamos? –dijo besándola con dulzura.

Alison sintió que se derretía.

Los sorprendió el ruido de los fuegos artificiales.

–Los ha preparado Ian –comentó Alison viendo que la gente estaba saliendo a la terraza.

–¿Qué me dices? ¿Nos damos otra oportunidad?

–Supongo que te has tomado muy en serio a Nathan si te quieres casar conmigo por él.

–¡Claro que me lo he tomado en serio!

–No es suficiente… Luke –dijo Alison–. No es suficiente para que me quiera casar contigo –añadió con decisión mientras volvía al hotel.

Capítulo 11

Al llegar a la terraza, buscó a Todd con la mirada, pero no lo vio.

–Garth, ¿has visto a Todd por algún sitio? –le preguntó a su hermano, que, como todo el mundo, estaba pendiente de lo que pasaba en el cielo y no en la tierra.

–No. La última vez que lo he visto, estaba en la barra. Es precioso, ¿verdad?

–Sí, precioso –contestó Alison entrando en la pista de baile.

Estaba oscuro dentro y no quedaba casi nadie. Alison fue hacia la mesa donde había dejado el bolso. De repente, oyó un ruido y, al mirar, vio a Todd y a Ellen besándose. En silencio, tomó el bolso y se fue hacia la recepción. Descolgó el teléfono y se dispuso a llamar a un taxi.

En aquel momento, apareció Luke.

–¿Qué haces?

–Llamar a un taxi.

Luke le quitó el auricular y colgó.

–Te llevo yo.

–No –dijo con cabezonería.

–No seas testaruda, Ali –murmuró.

Alison fue a protestar, pero apareció Clare.

–¿No le tocaba a Paul estar aquí? –preguntó la rubia.

–Sí, pero está viendo los fuegos –contestó Alison–. Yo solo estaba pidiendo un taxi.

–Sí, pero yo le estaba diciendo que la puedo llevar yo –intervino Luke.

–¿No iréis hacia la ciudad? A mí también me vendría muy bien que me llevaras, Luke. Mañana tengo que madrugar.

–No hay ningún problema –contestó Luke–. Vamos, señoritas.

Alison dudó un momento, pero acabó agarrando el bolso y saliendo del hotel con ellos.

–¿Y Todd? ¿No te vas con él? –preguntó Clare en tono malicioso.

–Hoy, no –contestó Alison cortante.

No estaba dispuesta a decir por qué. Al mirar a Luke, se dio cuenta por cómo la miraba que él también debía de haberlos visto.

Cuando Luke abrió el coche, Alison se metió en el asiento de atrás adrede.

–Ha estado muy bien la fiesta, ¿verdad? –comentó Clare–. Ojalá me hubiera podido quedar un rato más –suspiró.

–Es lo que tiene tener que madrugar –comentó Luke mientras conducía.

Siguieron hablando de cosas superficiales y Alison se dio cuenta de que Clare estaba ligeramente bebida.

Alison sonrió y echó la cabeza hacia atrás. Ella también había tomado

demasiado vino tal vez. ¿Y Todd? ¿Estaría borracho? Para atreverse a besar a Ellen… Ya iba siendo hora, la verdad.

El único que parecía completamente sobrio era Luke. Alison se puso a mirar por la ventanilla, intentando no pensar en él ni en lo que le había propuesto. Casarse sin amor sería una tortura. Cada vez que mirara a otra mujer, no podría evitar preguntarse si la iba a dejar por ella. Para Nathan tampoco sería bueno.

Al llegar a casa de Clare, Luke tuvo que bajarse del coche para ayudarla. La acompañó hasta la puerta y la ayudó a abrirla. En agradecimiento, la recepcionista le plantó un beso.

Alison, que los estaba viendo desde el coche, se retorció las manos. Aquello no podía ser. Aquella situación era ridícula.

–Me parece que está un poco borracha –comentó Luke divertido al volver al coche.

–Además, estará cansada porque hoy le ha tocado el turno de mañana –dijo Alison con frialdad.

–¿No te vas a pasar delante?

–No, voy bien aquí.

Luke puso el coche en marcha en dirección a casa de Alison.

Se hizo un tenso silencio. Alison se preguntó en qué estaría pensando Luke y qué habría pasado si ella no hubiera estado allí. ¿Se habría quedado a dormir con Clare?

Cerró los ojos furiosa.

–¿Estás enfadada con Todd?

–No. ¿Por qué lo iba a estar? –contestó abriendo los ojos.

–Venga, Ali. Lo he visto y seguro que tú también.

Alison se encogió de hombros.

–Todd es libre de hacer lo que quiera.

Luke desaceleró un poco.

–¿Por qué paras? –preguntó Alison mirando alrededor. Estaban a unos kilómetros de su casa.

–No me gusta hablar contigo así. ¿Por qué no te pones delante?

–Prefiero quedarme aquí. Llévame a casa, por favor.

Luke paró el coche, salió, abrió la puerta de atrás y se sentó a su lado.

–¿Qué haces?

–Si tú no te pasas delante, me paso yo detrás –contestó–. No paro de mirarte por el retrovisor y es peligroso, ¿sabes? Podríamos estrellarnos.

Alison se bajó del coche.

–Iré andando.

Luke la agarró del brazo.

–Mira, entiendo que estés enfadada con Todd, pero no sé por qué la pagas conmigo. Te he pedido que te cases conmigo y…

–¿Y te crees que con eso está todo arreglado?

–Bueno, creo que te demuestro que no busco una aventura.

–Me lo podías haber demostrado hace tres años, Luke Davenport, pero no lo hiciste –dijo con los ojos llenos de lágrimas. Avergonzada, se soltó–. Ya da igual. Me voy a casa.

Luke la siguió.

–No voy a dejar que andes por ahí sola de noche. Tú eliges: o vuelves al coche o te acompaño.

Alison se paró y lo miró.

–Has estado lejos de mí mucho tiempo, Luke. No entiendo por qué, de repente, haces como si te importara.

–Precisamente porque me arrepiento de haber estado lejos de ti. Para que lo sepas, nunca he pensado que lo que hubo entre nosotros fuera una aventura sin importancia y, si a ti te lo pareció, te pido perdón.

Alison sintió que se le encogía el alma.

–La noche que lo dejamos, te vi con Todd y me enfadé mucho –continuó Luke–. Me hizo mucho daño lo que me dijiste, pero no debería haberme ido. Lo hice por orgullo. Si no hubiera huido a Nueva York, me habría enterado de que estabas embarazada… Es algo que no me perdono.

Alison se estremeció.

–Nunca dejé de pensar en ti, Ali… Ni siquiera en Estados Unidos.

–Cuando volviste un año después, ni te molestaste en venir a verme –le dijo en voz baja–. Si Garth no te hubiera contado lo de Nathan, no creo que hubieras venido esta vez tampoco.

–Quería verte –dijo Luke acercándose–. Claro que quería verte.

Alison lo miró con incredulidad.

–¿Y por qué no lo hiciste? –murmuró–. Cuando me enteré de que estabas aquí, crucé los dedos para que vinieras a buscarme, pero te volviste a Nueva York… –añadió con voz temblorosa–… Y te casaste con Bianca.

–Y fue un error –susurró Luke–. Mi matrimonio no salió bien porque no podía dejar de pensar en ti. Cuando vine la última vez, fui a buscarte y te encontré con Todd y empujando un cochecito de bebé. Parecíais felices y creí que… Creí que el niño era de Todd y los rumores parecían confirmarlo. Pensé que no tenía derecho a interferir en tu vida. Parecías feliz. Pero no fue porque no quisiera, Ali –confesó con voz ronca.

–¿Lo dices en serio? –le preguntó en un hilo de voz.

–Claro que sí. Me dije que no tenía derecho a reaparecer en tu vida, así que volví a Estados Unidos e intenté seguir con la mía.

Alison se estremeció.

–Volvamos al coche –sugirió Luke–. Te estás muriendo de frío y este no es lugar para hablar.

Alison dejó que la abrazara mientras volvían al coche.

Se sentó en el asiento del copiloto completamente confundida.

Quería desesperadamente creer lo que le acababa de decir, pero tenía mucho miedo.

Luke puso el motor en marcha y encendió la calefacción.

–¿Quieres venir a mi casa? Te prometo comportarme como un caballero.

De repente, Alison se sintió transportada a aquella primer noche.

–Debería decirte «No quiero que te comportes como un caballero», ¿verdad? –sonrió preguntándose si se acordaría.

Luke sonrió también.

–¿Cómo quieres que me comporte? –dijo besándola con delicadeza–. ¿Voy por buen camino?

Alison sintió un nudo en la garganta.

–Tienes buena memoria.

–Solo para las cosas importantes.

Mientras Luke conducía hacia su casa, Alison se dijo que, si aquello era un error, no le importaba. Estaba cansada de luchar contra sus sentimientos. Quería creer que la había echado de menos, quería olvidar el sufrimiento y recordar solo los buenos momentos.

–Hogar, dulce hogar –sonrió Luke abriéndole la puerta al llegar.

Alison dudó, así que él la agarró de la mano y entraron. La casa estaba en silencio. Fueron al salón, donde estaba encendida la chimenea.

–¿Quieres beber algo?

–Una copa de vino –contestó Alison recordando que aquella primera noche el diálogo había sido igual.

Luke le sirvió un vino tinto y se puso junto a la chimenea. A Alison le asombró que no se sentara a su lado.

–Alison, comprendo que la única razón por la que estás aquí es porque estás disgustada por lo de Todd –dijo–, pero mi propuesta de matrimonio sigue en pie.

Alison frunció el ceño.

–No estoy disgustada por lo de Todd.

–Conmigo, no te tienes que hacer la dura. Te entiendo.

–¿De verdad?

–Sí, supongo que te habrías casado con él hace tiempo si no llega a ser por Nathan. No parece que se lleven muy bien…

–Se llevan bien –dijo Alison levantándose y yendo hacia él–. No quiero hablar de Todd –añadió impaciente.

Al llegar junto a él, se puso de puntillas y lo besó en la boca. Luke la tomó de la cintura y la besó con pasión, dejándola sin aliento.

Durante unos maravillosos minutos, se besaron en silencio.

–Ali, para –dijo Luke apartándola–. Tenemos que hablar –añadió yéndose al otro lado de la chimenea–. Quiero hablar de lo que pasó en Londres. Admito que, al principio, solo buscaba una aventura, pero acabaste siendo muy importante para mí.

Alison suspiró.

–No hace falta que me cuentes mentiras, Luke. Quiero hacer el amor contigo de todas formas.

–No te estoy mintiendo, Ali. Entonces, no me di cuenta de lo mucho que… te quería.

Ante aquellas palabras, Alison sintió un repentino enfado.

–¡No me mientas, Luke, por favor!

Luke se acercó a ella.

–No me di cuenta de lo mucho que te quería hasta que te perdí –murmuró acariciándole la mejilla.

Alison tembló de pies a cabeza.

–Si me echabas tanto de menos y me querías tanto, ¿por qué te pusiste a salir con Bianca?

Luke frunció el ceño.

–No empecé a salir con ella hasta mucho después de que lo nuestro

terminara.

–¿Qué es para ti mucho después? ¿Dos semanas?

–¡No! –exclamó Luke agarrándola de los brazos–. Alison, mírame. Empezamos a salir ya en Estados Unidos. Antes, solo éramos amigos.

–No fue eso lo que ella me dijo por teléfono.

Luke frunció el ceño.

–¿Cuándo hablaste con ella por teléfono?

–Cuando me enteré de que tu padre había comprado nuestra casa, te llamé. Eran las siete de la mañana y contestó ella… me dijo que era tu novia y que estabas en la ducha.

Luke la miró como si fuera una extraterrestre.

–¡No era cierto! Bianca estaba en mi casa porque le había dicho que podía quedarse mientras yo estaba de viaje de negocios en Estados Unidos.

–Entonces, ¿por qué me dijo que estabas en la ducha y que era tu novia?

–No lo sé, Ali –contestó apartándose compungido–. No sé por qué te dijo eso, pero era mentira. Empezamos a salir a los dos meses de estar en Nueva York. Nos llevábamos bien, te echaba de menos y quería olvidarme de ti y… ella estaba allí. Sé que no estuvo bien, pero se me tiró encima y… bueno, era guapa y yo estaba solo…

–Pero eso fue en Londres –insistió Alison.

–No, maldita sea, de eso nada –contestó él furioso–. O te mintió, que no me extraña, o la entendiste mal.

–No la entendí mal, te lo aseguro. Además, salió en el periódico que os ibais a casar.

–¡Pero cómo te crees lo que aparece en la prensa! Si haces caso de eso, yo ya he estado casado varias veces.

–Pues yo me lo creí –dijo con tristeza–. Estábamos separados… Bianca estaba en tu casa… Las pruebas parecían claras… Y, bueno, te acabaste casando con ella.

Luke asintió.

–Porque me dijo que estaba embarazada.

Alison se quedó de piedra.

–Pensé que podría salir bien porque, realmente, le tenía aprecio y tú, creía yo entonces, estabas con Todd –continuó pasándose los dedos por el pelo–. Después de la boda, me enteré de que no estaba embarazada, reconoció que me había mentido, discutimos, me acusó de seguir enamorado de ti y me fui. Volví porque creo en el matrimonio y le tengo aprecio a Bianca. Intenté que las cosas fueran bien, pero un día volví a casa antes de tiempo y me la encontré… vamos a decir que en una postura un poco comprometida con un compañero de trabajo.

–¡Cuánto lo siento, Luke! –dijo Alison horrorizada.

Luke se encogió de hombros.

–Lo que pasaba era que no estábamos hechos el uno para el otro. Nos dimos cuenta y nos divorciamos de forma civilizada. De hecho, seguimos siendo amigos. Ambos cometimos errores y ambos lo hemos reconocido.

–Creí que estabas enamorado de ella… –murmuró Alison–. Incluso me dijiste que lo nuestro no había sido más que una aventura…

–¡Por orgullo! –la interrumpió Luke.

–Todo el mundo decía que habías vuelto para decir que te casabas.

–Y así era. Volví para pedirte que te casaras conmigo. Quería que te vinieras a Nueva York conmigo, pero me encontré con que tenías el hotel y con que estabas saliendo con otro hombre. Me dijiste que no significaba nada para ti. Me enfadé tanto que te dije que sí, que lo nuestro solo había sido una aventura sin importancia.

–¿De verdad querías que me fuera contigo? –dijo Alison temiendo que aquello solo fuera un sueño.

Luke asintió.

–Te quería, Alison… Nunca he dejado de quererte.

–Creía que solo te interesaba por Nathan –murmuró con voz entrecortada.

–Adoro a mi hijo y quiero ser un buen padre, pero podría hacerlo sin casarme contigo. Quiero casarme contigo porque te quiero, Alison –confesó apartándole un mechón de pelo de la cara–. Sé que tú no sientes lo mismo por mí, que estás enamorada de Todd, pero…

–No estoy enamorada de Todd –lo interrumpió–. Es un buen hombre, pero es solo un amigo. Y no estoy disgustada por haberlo visto con Ellen. De hecho, me alegro por él.

Luke se acercó todavía más.

–Pero creí que me habías dicho que no te querías casar conmigo porque estabas enamorada de él.

–Te quiero, Luke… Siempre te he querido –contestó Alison–, pero nunca pensé que tú me correspondieras y…

Luke no la dejó terminar porque comenzó a besarla con emoción.

–¿De verdad no sientes nada por Todd? –le preguntó al cabo de un rato como si no se lo pudiera creer.

–Siempre ha sido un buen amigo –contestó Alison–. Nunca nos hemos acostado –admitió viendo alivio y dolor en los ojos de Luke–. Perdón por haber dudado de ti, Luke –murmuró–. Si supieras lo mucho que he sufrido por no tenerte. Cada vez que te veo sonreír a otra, me comen los celos. Cuando antes Clare te ha besado, he creído que iba a explotar como un volcán.

–Conozco la sensación –murmuró Luke–. Me pasa cada vez que pronuncias el nombre de Todd –añadió abrazándola con fuerza–. Eres la mujer de mi vida. ¿Te quieres casar conmigo?

–Sí, claro que quiero –contestó Alison entre lágrimas.

Se besaron con tanta furia, que Alison creyó que se iba a desmayar. Luke la tomó en brazos y la llevó a su dormitorio.

Al verse en su cama, Alison rio encantada creyendo que Luke la seguiría, pero no fue así. Fue hacia un escritorio y sacó un sobre.

–¿Qué haces?

–Te voy a dar tu regalo de bodas.

–¿Pero no deberíamos esperar?

–Creo que ya has esperado suficiente.

–¿Qué es?

–Las escrituras de tu casa –contestó Luke–. No fue mi padre quien la compró sino yo. Mi nombre completo es John Luke William Davenport. La

compré porque sabía lo mucho que amabas ese lugar y que algún día te arrepentirías de haberla vendido. Pensé que era una forma de ganar puntos ante ti para convencerte de que te vinieras a Nueva York conmigo. Así no te sentirías tan mal viviendo en la ciudad porque siempre podrías volver a tu querida casa.

Alison se mordió el labio y lloró abiertamente.

–¿De verdad hiciste eso por mí?

Luke asintió.

–Sí, pero cuando me enteré de que estabas saliendo con Todd, el orgullo me impidió decírtelo.

–Lo siento mucho, Luke –murmuró.

Luke se tumbó en la cama junto a ella y dejó los papeles en el suelo.

–Menos mal que hicimos algo bien: Nathan.

Alison asintió y lo abrazó.

–Dime otra vez que me quieres –le pidió feliz–. He esperado tanto tiempo a oír esas palabras que no me las puedo creer.

–Te quiero, Alison Trevelyan, a pesar de que eres la mujer más cabezota e irritante que he conocido en mi vida –sonrió.

–Entonces, casi como una Davenport, ¿verdad?

–Sí, lo que me recuerda que podríamos hacer otro, ¿no? –dijo apagando la luz y desabrochándole el vestido.